

LAS RATAS

H. S. THELS

LAS RATAS

Colección ESPACIO

LAS RATAS

POR

H. S. Thels



EDICIONES TORAY, S. A.
Teodoro Llorente, 13
BARCELONA

FIDEL INTERNATIONAL
Representantes exclusivos
en los Estados Unidos de Norteamérica
Excepto Nueva York (Ciudad) N. Y.
BOX 266
MALIBU, CALIFORNIA - U. S. A.

Depósito legal B. 15264 – 1958

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ediciones TORAY, S.A. - T. Llorente 13 - BARCELONA

Y las Ratas, sorprendidas, miraron llegar al Hombre al mundo subterráneo, que les había pertenecido hasta entonces...

INTRODUCCIÓN

El hombre no ha sido nunca feliz. Por su culpa. Por encima de las preocupaciones materiales que tuvo desde el Cuaternario, en el que apareció sobre la Tierra, su inteligencia, apoyada en los resortes malos de su mente, complicó aún mucho las cosas, desbordándolas y haciendo de la vida, en muchísimas ocasiones, un verdadero infierno.

El hombre vivió en paz con todos los animales en la época paradisíaca; después, la Ley de Vida se impuso por doquier y el hombre y los animales mataron para comer.

Pero el hombre descubrió muy pronto que también pedía matar por matar: destruir sin necesidad, por puro placer...

Desde el asesinato de Caín hasta la Bomba Atómica no hay más que un paso; pero la esencia de ambos hechos es la misma y de nada servirán, cuando en un remoto futuro se estudie la Historia del Hombre, todas las palabras que se hayan inventado para esconder, ocultar, tergiversar, permutar algo que fue lo mismo. Porque el brazo que eleva el cuchillo o el que mueve la palanca que ha de descolgar una locura nuclear está animado por el mismo sentimiento.

Y esto lo saben las ratas.

Muchas cosas saben. Han vivido junto al hombre, desde siempre, espiándolo con sus ojillos vivos, ocultándose y escuchando sus conversaciones, viéndolos actuar, moverse, amar, odiar...

Pero lo que no sabían las ratas era que se iban a quedar solas con el hombre; completamente solas con aquella criatura insolente y cruel, compleja y disparatada al mismo tiempo.

Las ratas conocen al hombre mejor que nadie.

Estuvieron siempre a su lado, bajo las casas que él construyó, en los navíos en los que él hizo portentos y piraterías. Fueron en las carabelas de Cristóbal Colón y en la de Drake. Se hundieron con los galeones españoles en los mares americanos y con los submarinos de todas las nacionalidades en todas las guerras.

Recorrieron el mundo, siempre junto al hombre, como un compañero y un enemigo, al mismo tiempo.

¿Quién puede conocerle mejor?

Fueron como la misma sombra del hombre. Invisibles, pero presentes, no dejaron de mirarlo a través de los siglos. Y en sus pequeños cerebros se fueron grabando las imágenes de aquel ser que iba cambiando tanto.

Recuerdan cuando el hombre se cobijaba en cavernas, como ellas, e iba cubierto de pieles y no hacía más que exhalar gruñidos inarticulados. Le vio luego en Egipto, en Grecia, en Roma...

Lo vio siempre.

Y comprendió desde el principio que aquella criatura llevaba la esencia del Final. Era como una bomba cargada de cosas malas, que estallaría definitivamente, sin remedio.

Las ratas vieron al hombre desdichado y al hombre poderoso. Se aprovecharon de los bienes de este último y, no teniendo nada el primero, llegaron a devorar sus cadáveres y hasta sus hijos.

¿Cómo no va a comprenderlo si hasta lo ha probado innumerables veces?

Muchas veces las ratas quisieron prevenir al hombre de algún peligro grande. Fueron épocas, momentos en los que las ratas sentían cierta debilidad por el hombre. Y le ensenaron a conocer la llegada de la peste, asomándose ante él o corriendo, por las cubiertas de los barcos, presintiendo, mucho antes que él, el momento del naufragio.

Y sin embargo, desde el principio, el hombre combatió ferozmente a la rata, persiguiéndola y aniquilándola en muchas ocasiones. Para él siempre se trató de un animal repugnante, peligroso, desagradable.

¿Qué podía pensar la rata del hombre?

La rata no pensó nunca, porque no pudo. Pero conoció al hombre y lo juzgó «como una criatura peligrosa, desagradable y mala».

Hombres y ratas, sin saberlo, iban a jugar la última carta de una partida de la que uno solo de ellos podría vencer. Entraba en juego la supervivencia de dos especies que, desde tiempos remotos, habían vivido juntas, combatiéndose tercamente.

Este libro es parte de la Historia del Hombre. Se habla en él del último palpitar de la especie, del Final que, ahora mismo, temblando en nuestros hogares, intuimos como horriblemente posible.

Porque comprendemos hasta dónde nos ha llevado nuestra propia locura. Y lo peor de todo es que, comprendiéndolo, seguimos repitiendo neciamente que fabricamos bombas y proyectiles para defender tal o cual civilización.

Esperen...

En este mismo momento, cuando escribo estas líneas, una rata está asomada, tímida y curiosamente, a un agujero. Me observa con sus pequeños ojuelos e intenta saber lo que estoy haciendo.

Porque ella, la rata, como si el mundo fuese un barco, presiente que ha llegado el momento de abandonarlo.



CAPÍTULO PRIMERO



RAN todos vecinos. Como mucha gente. Y vivían en esas zonas que rodean a las ciudades, esos barrios satélites, a los que habían huido los que deseaban un poco de paz.

Los Carson poseían la «villa» más elegante y suntuosa de todo el barrio. Dos pisos, un amplio jardín con piscina y un doble garaje, capaz de encerrar los dos coches de la familia: el de Hoppy, el hermano soltero, y el de Eddie, que, con su mujer, Lana, y su hijo Clark, completaban los habitantes de la casa.

Justo enfrente, al otro lado de la calle, bordeada de árboles, que estaban aún poco crecidos, vivían los Lumen: Alan, el esposo; Kelly, la mujer, y Bob, el pequeño y travieso pelirrojo.

Los Carson y los Lumen...

Otros nombres cubrían aquí y otras ciudades, repetidas hasta el infinito. Porque en aquellos últimos años del siglo XX los nombres y las cosas giraban todas, en cualquier región de la Tierra que se considerase, de una manera idéntica.

Eddie Carson era físico y estaba ocupado en las instalaciones

termonucleares situadas a medio centenar de millas de allí; su hermano Hoppy era piloto de astronave, aunque en aquella época no se había conseguido más que ir a la Luna.

Alan Lumen era jefe de rampa y prestaba sus servicios en el Ejército, en una base que se hallaba a mitad del camino entre las instalaciones termonucleares y la ciudad.

Físico, astronauta y jefe de Rampa. Tres personajes que se hubiesen multiplicado por cualquier cifra, sin cometer error alguno, ya que en aquellos tiempos las actividades del hombre se limitaban a eso: fabricar bombas y proyectiles teledirigidos cada vez más perfectos y mortíferos, investigar el espacio exterior y proceder al lanzamiento de las armas destructoras en cuanto llegase el momento.

Las demás actividades humanas estaban, modestamente, situadas en un plano absolutamente secundario.

Aquel domingo, muy de mañana, Bob, el hijo de los Lumen, salió corriendo, como una exhalación, hacia la casa de sus vecinos. Su cabellera rojiza llameaba bajo el sol, como si estuviese dispuesta a inflamarse de un momento a otro.

Clark, el hijo de los Carson, le esperaba junto a la puerta del jardín.

—¡«Hello»!—le saludó, al verle llegar.

—¡«Hello», Clark! ¿Se han levantado ya?

—Sí, están preparando el desayuno.

—Mis padres también están levantados. ¿Sigue la apuesta en pie?

—¡Claro que sí!

—Ya verás cómo somos nosotros los que perforamos primero el túnel.

—Lo haremos nosotros.

—¡Que te crees tú eso! Ten cuidado y separa la cabeza de la pared. Porque la perforadora de mi padre puede dejarte sin ella.

—¡Ilusiones! Nosotros tenemos dos perforadoras y mi tío Hoppy la maneja mejor que nadie. ¡Hoy perforaremos nosotros!

—Prepara los veinte dólares. Los vas a perder miserablemente.

—Prepara tú los tuyos.

Hubo un corto silencio.

Ambos niños estaban seguros de que no llegarían jamás a un acuerdo.

Después Clark, bajando la voz dijo:

—¿Sabes que tío Hoppy está terminando la nave del espacio?

Los ojos de Bob brillaron intensamente.

—¿Sí?

—Como te lo digo. Aunque, en realidad, han hecho dos: una pequeña para pruebas y otra mayor para ese tipo que paga a tío Hoppy.

—¡Qué suerte tienen los ricos!

—¡Y que lo digas! ¡Fíjate! Una nave del espacio para viajar hasta Marte.

—¿Hasta Marte? No lo creo.

—¿Por qué, tonto?

—Porque nadie llegó hasta allí. He leído en las revistas de papá que dos expediciones que salieron de la Luna fracasaron.

—Yo también lo he leído; pero eso no quiere decir nada.

—¿Por qué?

—Porque tío Hoppy ha descubierto muchas cosas nuevas y está seguro de llevar la astronave hasta Marte. Primero enviarán la pequeña, que se dirige ella sola, para demostrar al ricacho que tío Hoppy tiene razón.

—¿Y se estropeará esa astronave?

—Claro. Irá llena de magnesio, explotará en Marte, y se verá desde el observatorio cuando estalle. Así podrán estar seguros de que mi tío ha salido victorioso.

—¿Y la otra?

—Es para ese tipo que tiene tantos millones. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—He oído decir a tío Hoppy que ese hombre se ha mandado hacer la astronave para huir.

—¿Para huir? ¿Le persigue la policía?

—¡No seas estúpido! Es para huir de la guerra.

—¿De la guerra? ¿De qué guerra?

—De la que va a haber; de la guerra de hidrógeno. ¿No lo suponías?

—¡Bah! No habrá guerra. Papá me ha dicho que, aunque los rusos lanzasen todos los proyectiles que quisiesen, los pararíamos todos. Mi padre tiene una rampa lanzacohetes, la más grande del país.

—Pero no importa — insistió Clark —. Habrá guerra de todos modos.

—¿Y qué si la hay?

—Pues que a ese tipo y a mi tío no les pasará nada, porque escaparán a Marte.

—¿Y vosotros?

—Tío Hoppy ha dicho que, si algo malo sucediese, lograría de su patrón que nos embarcase también. La nave es capaz de llevar a cien personas.

—¡Vaya suerte que ibas a tener! ¡Ir a Marte!

Bob se rascó su rojiza cabellera y miró, no sin cierta envidia, a su amiguito.

—¿No podías decir — se atrevió a preguntar — a tu tío que convenciese a ese tipo para que nos llevase también a nosotros?

Clark se encogió de hombros, con un gesto de indudable superioridad.

—Tu padre no podrá moverse de la rampa, si hay guerra. Pero le diré a tío Hoppy que te deje venir con nosotros.

—¿Es eso verdad? ¿No te burlas de mí?

—¿Por qué iba a hacerlo? Con toda seguridad — agregó, con una expresión de fastidio— todos los que vayan, menos yo, serán personas mayores. ¡Menudo aburrimiento! Al menos, contigo, podré divertirme y recorrer la astronave.

—¡Me llevaré mi equipo de hombre del espacio!

—Y yo el mío. Aunque seguramente nos darán equipos de verdad.

—¿Es posible?

—¡Claro! ¿Cómo quieres que bajemos en Marte, si no los llevamos?

—¡Qué estupendo!

Guardaron silencio, entornando los ojos y haciendo desfilar por sus infantiles mentes las escenas de aquel fantástico viaje, en el que ya se creían embarcados.

—¡Booob!

El pelirrojo se despertó bruscamente.

Se volvió y vio que su mamá le llamaba desde la baranda de la casa.

—¡A desayunar, Bob! —insistió la mujer.

—Ya voy.

Y volviéndose a su amigo, se despidió:

—Hasta luego.

—Oye, Bob.

—¿Qué?

—De esto que acabamos de hablar, chitón, ¿entendido?

—No te preocupes. No diré nada a nadie.

Clark contempló cómo se alejaba su amiguito y, cuando éste hubo desaparecido en el interior de la casa, se volvió y entró en la suya.

La mesa ya estaba puesta.

Se sentó en su sitio, silenciosamente, dejando que su mamá le sirviese el desayuno.

Su padre y tío Hoppy hablaban.

—Es formidable la demanda de cemento y acero que hay — dijo Hoppy —. Por lo visto, las cosas van en serio.

—¿En qué te fundas?

—En que el gobierno no pone trabas a la entrega de materiales de construcción. ¡Todo el mundo ha logrado autorización para construir su propio refugio!

—Eso no quiere decir nada.

—Te equivocas. La tensión internacional es cada vez más tirante. Tanto nosotros, como los rusos, hemos llegado a la saturación de armas defensivas y ofensivas. Creo que, desgraciadamente, ha llegado el momento de la verdad.

—¡No creo que empecemos nosotros!

—Tampoco yo; pero lo harán ellos.

—Será una locura.

—¿Y quién te dice que no? Fíjate bien que el viejo Sutton está muchísimo más informado que nosotros.

—Ese hombre está loco.

—No lo creas. Él sabe que la guerra es inevitable. Y después de haber logrado todo lo que ha deseado, se agarra a la vida con todas sus fuerzas, sabiendo que es lo único que puede quedarle.

Eddie asintió, con un gesto de cabeza.

—Es curioso. Un hombre que, como Bart Sutton, ha conseguido todo lo que ha querido y se ha convertido en el hombre más poderoso de la Tierra, se convence ahora, ante el peligro que se avecina, de que de nada van a servirle las riquezas acumuladas y que sus magníficos refugios, por muy hondos que sean, no le librarán, cuando salga de ellos, de encontrarse en un mundo donde

no interesará vivir en modo alguno.

—¡Eres extremadamente pesimista!—intervino su esposa.

—No, querida; me quedo corto siempre. ¿Qué sabéis vosotros de lo que puede significar una guerra como la que se avecina? Se ha escrito mucho sobre lo que puede ser, pero nadie, excepto los que trabajamos en la industria atómica y nuclear, podemos prever, ligeramente, lo que sería una hecatombe de ese género.

—Sutton no lo sabe como tú—dijo Hoppy—; pero lo prevé. Por eso desea estar muy lejos en cuanto el lío se desencadene.

—¿Y cree que no encontrará peligros en el viaje?

—No los encontrara, Eddie. El día que conozcas la astronave, te quedarás con la boca abierta...

Sonrió jovialmente.

—No vayas a creer que practico el autobombo; no. Pero estoy plenamente satisfecho del trabajo que he hecho y estoy seguro que llegaremos a Marte.

—Suerte la tuya...

Hoppy frunció el entrecejo.

—También vosotros iréis—dijo, con el rostro ensombrecido—. Si la locura de la Humanidad estalla, no os dejaré aquí.

Eddie se encogió de hombros.

—No sé qué decirte; pero me gustaría quedarme.

—¿Eh? — no pudo por menos de intervenir Clark.

Le miraron todos, sonriendo.

—¿Qué te pasa, hijo mío?— inquirió Lana.

—Que papá quiere quedarse...

—¿Y tú?

—Yo quiero ir a Marte.

Hoppy sonrió.

—No te preocupes, hijo mío. Papá decía cosas que tú no puedes entender. Papá quería decir que si el hombre desea verdaderamente aniquilarse, nada más puede merecer la pena.

—¡Qué manera de hablar a un niño! —protestó Lana.

Justamente y, por fortuna, en aquel preciso instante llegó hasta ellos un sordo rumor, procedente del subsuelo.

Clark palideció.

—¡Los Lumen han empezado a trabajar!

—¿Tanta importancia tiene eso? — inquirió Hoppy, sin poder dejar de sonreír.

—¡Claro que tiene, tío Hoppy! ¡He apostado veinte dólares a que nosotros perforábamos el túnel antes que ellos.

La carcajada fue general.

—¿Y con quién has apostado tan enorme fortuna, eh?

—Con Bob.

Tío Hoppy se levantó de un salto. Y saludando, a estilo militar, dijo:

—Entonces... ¡A la lucha! No quiero que mi sobrino pierda la apuesta... ¡Vamos, Eddie!

Abandonaron la mesa y fueron, con Clark, que les precedió corriendo, hacia la entrada del refugio, situado junto a la cocina. La escalera descendía, en caracol, y muy pronto estuvieron abajo, sesenta metros más adelante, en el extremo de la galería que estaban construyendo, a veinte metros de profundidad.

Las perforadoras estaban allí.

El ruido de la de Alan Lumen llenaba la estancia de vibraciones. Y casi en seguida, las dos que manejaban los hermanos Carson unieron su estrépito a la que funcionaba al otro lado del muro que se proponían perforar aquel mismo día.

Con los ojos brillantes, Clark seguía el camino de los largos tallos de acero, que rodaban locamente, abriéndose paso entre la tierra.

Al otro lado, Bob, junto a su padre tenía los ojos muy abiertos y tan brillantes como su amiguito esperando el momento en que la perforadora de Alan calase al otro lado.

Y así sucedió.

De repente, el cuerpo de su padre salió proyectado hacia adelante y el tallo de la perforadora penetró al otro lado, girando salvajemente en el vacío.

—¡Viva! — exclamó Bob.

Alan retiró la perforadora, asomándose al orificio que acababa de hacer.

—¡Buenos días, vecinos!

Hoppy se acercó al agujero, por el otro lado.

—¡Has ganado, Alan!

—¿Qué quieres decir?

—Bon y Clark habían apostado veinte dólares a quién sería el primero en perforar... ¡Eh, Bob!

El pequeño subió sobre la tierra, asomando su cara por el orificio.

—¡Buenos días, señor Hoppy!

—¡Hola, diablillo! ¿Dónde se ha metido Clark?

Se volvió, viendo que el pequeño había desaparecido.

—No ha resistido el momento de la derrota. ¿Por qué no vas a buscarle a casa y le dices que lo de la apuesta era una broma?

Bob frunció el entrecejo.

—¿Y... el dinero?

—Yo te lo daré. ¡Anda y búscalo!

—¡Voy!

Los mayores siguieron trabajando y media hora más tarde, el orificio alcanzaba el tamaño que debía tener, el de una puerta.

Se sentaron y encendieron sendos cigarrillos.

—Ahora no nos queda más qué arreglar un poco todo esto —dijo Alan.

—¿Un poco? — rezongó Hoppy—. Nos queda lo peor: convertir esta galería de mina en un hogar.

—Un par de semanas y estará hecho.

Eddie no había dicho nada y mirando fijamente a Lumen, preguntó:

—¿Cómo van las cosas, Alan?

—¿A qué te refieres?

—A tu rampa. Hoppy no deja de decir que la guerra es inminente.

—Siempre lo ha sido; pero, por el momento, el peligro no es mayor que en otras ocasiones. Nosotros seguimos tan preparados como de costumbre.

—Pues ya verás como tendrás trabajo muy pronto —insistió Hoppy.

Alan frunció el entrecejo, mirando fijamente a su interlocutor.

—Te aseguro, amigo mío, que los hombres que tengo a mis órdenes empiezan a estar cansados de tanta inactividad. Es algo que ni hasta yo puedo dominar.

—No te entiendo.

—Verás. Cada día repasamos las armas, hacemos los cálculos y «paramos

teóricamente» todas las armas teledirigidas que un presunto enemigo lanza contra nosotros. Así, poco a poco, de una manera lenta pero más segura, hemos llegado a estar plenamente convencidos de que el enemigo no tiene nada que hacer y que, mientras nuestros «interceptores» destrozarán los proyectiles que nos lancen, nuestros «Tigres», llamamos así a los teledirigidos de punta de hidrógeno, sembrarán la muerte y la destrucción en el campo enemigo...

Guardó unos instantes de silencio, como si se diese cuenta de la tremenda importancia de aquellas palabras.

—Cada ciudad enemiga y muchas de sus bases militares y fábricas están marcadas en las futuras trayectorias. Los lanzamientos se harán, empezando por las «jaurías».

—¿Qué es eso?

—Grupos de proyectiles que chocarán contra los que el enemigo interponga en nuestras más importantes trayectorias. Una vez deshechas sus defensas en el aire, los «Tigres», con su horrible potencia destructiva, seguirán tranquilamente su camino, inexorablemente, hasta sus objetivos previstos.

—¿Y el enemigo no tiene «jaurías»?

—Es posible que las tenga; pero no en la misma cantidad que nosotros. Ya contamos con un sesenta de bajas en los «Tigres»; pero tenemos ciertos procedimientos secretos para burlar al enemigo: los primeros «Tigres» serán falsos: corderos disfrazados de lobos. Así, el contrario, malgastará sus «jaurías», encontrándose impotente cuando la verdadera lluvia de muerte caiga sobre él.

—¡Menudo panorama!—exclamó Eddie, sombríamente.

—No hay más remedio que defenderse.

—Pero eso significará la pérdida total de la humanidad. Porque, por mucho que tú digas, el enemigo no será tan inferior como se deduce de tus palabras.

—¡Venceremos!—exclamó Alan, con un entusiasmo sincero.

Eddie se encogió de hombros.

—No habrá ni vencedores ni vencidos — concluyó lúgubremente.

* * *

Las ratas estaban asustadas. Las perforadoras automáticas vibraban por

doquier y su vibración hacía estremecer la tierra, y aquel escalofrío de la materia llegaba hasta las grutas de las ratas, haciendo que las crías temblasen de miedo y erizando los pelos de las madres que daban de mamar, sobrecogidas de terror, a sus pequeñuelos.

Las ratas estaban asustadas.

¿Qué hacía el hombre?

Hasta entonces, aquella extraña criatura se había limitado a vivir en la superficie del suelo, dejando sus misteriosas y oscuras honduras a las ratas. Pero ahora, inesperadamente, el hombre abría agujeros e imitaba en todo a las madrigueras de los roedores.

Los agujeros se multiplicaban por todas partes y la Tierra entera, de norte a sur y de este a oeste, se estremecía, bajo el suelo, por donde se movían los seres pálidos, con los ojos brillantes, ahondando más y más, con sus potentes máquinas.

Algunos habían trasladado ya la totalidad de sus cosas valiosas al subsuelo y habían llevado sus mujeres y sus niños colocándolos en aquellas guaridas, lejos de la luz del sol, que el hombre parecía haber amado siempre por encima de todas las cosas de su mundo.

¿Qué ocurría?

Las ratas estaban asustadas.

¡Aterrorizadas!

Y con motivo.

Aquello no era normal.

Jamás, desde que su memoria recordaba, a través de los siglos, había buscado el hombre el refugio cálido de la Tierra. Bien conocían las ratas algunos de los formidables agujeros que había hecho su enemigo de siempre: las minas; pero aquello no era más que un hecho esporádico y, ni mucho menos, la generosidad que se notaba ahora.

Ahora era distinto.

Los grandes machos se atrevían, jugándose el todo por el todo, a asomarse a aquellas iluminadas galerías que había hecho el hombre. Y le miraban, cargado de objetos, de víveres y ropas, colocarlo todo, como si se dispusiese a trasladarse aquí para siempre.

Muchas ratas hablan tenido que buscar nuevas madrigueras y muchas de ellas murieron, bajo las gruesas botas de los hombres, al ser sorprendidas por las perforadoras en el momento en que se disponían a trasladar sus familias a sitio más hondo y seguro.

El asombro se pintaba en sus ojuelos y los pelos se erizaban sobre sus gruesos lomos.

Estaban atemorizadas.

Y con razón.

Las ratas tenían miedo...

CAPÍTULO II



ETUVO Hoppy su vehículo, después de haber atravesado la vigilada verja que rodeaba la inmensa propiedad de Bart Sutton.

Paró el coche junto a la escalinata de mármol dejando que uno de los criados se lo llevase mientras el penetraba en el edificio.

Harry Walker, el secretario, le esperaba en el lujoso «hall».

—Míster Sutton le espera.

—¿Dónde está?

Walker sonrió, con desprecio.

—En el refugio.

Carson frunció el entrecejo.

—¿Pasa algo?

—La televisión ha dicho que la tirantez internacional es peor que nunca. Y el «viejo» se ha levantado en pijama y se ha hecho conducir, en su carro de ruedas, al refugio número 3.

—Vamos.

Atravesaron el vestíbulo, pasando a otro salón, tan amplio como el anterior, una de cuyas paredes estaba completamente cubierta de puertas de ascensores. Cada puerta estaba marcada con un número, que correspondía a los de los refugios a los que conducían.

El 3 era el más profundo y seguro. Estaba a doscientos metros bajo tierra.

El «liftier» saludó a los dos hombres y cuando estuvieron en el ascensor, oprimió el botón. El vehículo tardaría apenas cuatro segundos en llevarlos al refugio.

Momentos más tarde, después de atravesar la «cámara de asepsia», que había costado una fortuna y que servía para aniquilar todos los microbios y en la que había, además, un sistema complejísimo de contadores Geiger, capaces de determinar la menor sospecha de radiactividad, llegaron al salón acondicionado donde se hallaba el «viejo».

Bart Sutton era un hombre que frisaba en sesenta años, pero el aspecto cansado de su rostro y, sobre todo, el miedo pasado en los últimos tiempos, le habían envejecido mucho más, dándole un aspecto cerúleo, arrugado y apagado.

Sólo sus ojos, como dos ascuas, brillaban en el fondo de sus hundidas cuencas.

Estaba sentado en su silla funcional, capaz de moverse, impulsada por un pequeño motor atómico, y pudiendo subir escaleras y rampas con toda comodidad.

Al ver a Hoppy, el viejo pulsó el botón, y la silla avanzó rápidamente hasta ellos, frenando suavemente, a un paso de Carson.

—¡Creí que no vendría jamás!

La ansiedad se leía claramente en su rostro.

Retrocediendo la silla, señaló unos asientos para los recién llegados, y se colocó después ante ellos.

El «refugio» era, en realidad un salón de lujo asiático dotado de un enorme televisor, de una biblioteca imponente y un mueble-bar completo. A un gesto del viejo, Walker sirvió tres «whiskies», y volvió a ocupar su asiento.

Hoppy esperaba a que el otro hablase, y tenía el vaso entre sus dedos.

—Hay malas noticias —dijo el viejo.

—¿Usted cree? ¿Ha oído alguna cosa sensacional en la televisión?

Sutton se encogió de hombros.

—¡Bah! ¡La televisión no puede decir nada nuevo! ¿Sabe cuánto me cuestan mis informadores, Hoppy? Cien mil dorares semanales; pero yo estoy más enterado que todos los Estados Mayores juntos.

Carson bebió un sorbo, sin despegar los labios para decir nada.

—Se está preparando el ataque.

—¿Desde Rusia?

—No.

—No entiendo.

El viejo se pasó la lengua por los labios resecos.

—Van a empezar a disparar desde cualquier punto, evitando que se pueda localizar al agresor, al menos en las doce primeras horas. Ya sé que esta información sería valiosísima para nuestros Estados Mayores... ¡Pero no diré absolutamente nada! Si lo hiciese, tomarían sus medidas, con tan poca cautela, que al cabo de media hora los rusos estarían enterados de todo. Y cambiarían

inmediatamente sus planes.

»Lo que me interesa, después de saber lo que ha llegado hasta mí, es que usted, Carson, prepare la marcha lo antes posible.

—Todo está dispuesto, señor; pero creí que íbamos a hacer una prueba con la pequeña astronave.

—¡Ya la haremos!

—¿Cuando?

—¡Hoy mismo! Esa astronave, según sus cálculos, tardará doscientas horas en llegar a Marte. Tenemos el tiempo justo para verificar que todo marcha bien. Mis observatorios detectaran la llegada de la astronave y fotografiarán la explosión de la carga de magnesio. Inmediatamente después, saldremos de este maldito planeta.

Hoppy asintió con un gesto de cabeza.

—Todo eso está muy bien, pero me parece un poco acelerado.

El rostro de Sutton se empurpuró hasta las blancas cejas.

—¡Soy yo quien manda, no lo olvide! Todo lo que le parece precipitación es, por el contrario, pérdida lastimosa de tiempo... ¡Y ya hemos perdido bastante!

—Como usted quiera.

—Hay que ponerse a trabajar inmediatamente. El ataque puede desencadenarse, según mis informadores, en el plazo de una semana o menos. Quizá algo más. Pero, sea cuando sea, nosotros ya estaremos lejos y nos importará un bledo lo que pase en este mundo de maldición.

Se volvió hacia su secretario.

—¡Y la prisa también va para usted, Walker! Si desea seguir a mi servicio, lo que significa la salvación de los suyos, ha de preparar todo lo referente al viaje en esta misma semana. ¡Todavía no se han llevado las provisiones a la astronave!

—Se hará, señor.

—¿Y la lista de pasajeros?

—Eso depende de Usted.

—Yo ya se la entregue. Todos los que vienen conmigo son amigos míos... Creo falta mi hijo.

—Hemos hecho todo lo posible por encontrarle, señor.

Sutton se frotó las manos vigorosamente.

—¿Dónde diablos se habrá metido ese imbécil? Me dijo que iba a África, a una cacería, y no he logrado comunicarle mi decisión... ¿Es que no se da cuenta de todo lo que le reservo? ¿Será loco hasta el punto de no ver que los Sutton van a crear una nueva humanidad en Marte y que serán los dueños absolutos?

Walker sonrió.

—En cuanto lo sepa, señor, correrá hacia aquí.

—¡Hay que encontrarlo!

Y después de un silencio, se volvió hacia Carson.

—Pueden irse y ponerse inmediatamente al trabajo. Usted, Hoppy, antes de marcharse a casa, vendrá a decirme cómo van las cosas. Quiero que el lanzamiento de la astronave se haga cuanto antes... ¿Podrá ser esta misma tarde?

—Convendría mejor mañana, señor. Calculando el horario, nos interesa que la explosión sea visible desde la Tierra. Por eso, para que se efectúe durante la noche, debemos esperar a mañana.

—¿A qué hora?

—A las nueve, según le he dicho en otras ocasiones.

—¡De acuerdo! Venga, no obstante, a verme cuando haya terminado su trabajo de hoy.

—Está bien.

Salió, seguido del secretario, que una vez fuera del ascensor, no pudo por menos de exclamar:

—¡Viejo asqueroso!

Hoppy le miró con sorpresa.

—¿Está usted enfadado con él?

Nunca, hasta aquel instante, se había sincerado el secretario con él; pero, ante su sorpresa, exclamó:

—¡Si pudiera destrozarle entre mis manos! Por desgracia, no puedo decirle ahora lo que pienso; pero cuando llegue la hora, le tiraré a la cara su «magnífica» promesa de escapar a Marte.

—¿No vendrá usted con nosotros?

—No. Ese monstruo no quiere niños en la expedición: dice que no puede tolerar más que a los amigos, pero que no desea ver humanos nacidos en esta época. También dice que quiere que los pequeños que existan sean los que nazcan en Marte.

Hoppy se mordió los labios.

Estuvo a punto de decir que él esperaba que el viejo dejase ir a su hermano, su esposa y Clark; pero, pensando que podría lograrlo más tarde, ya que sin él la astronave no saldría de la Tierra, guardó silencio.

—Tengo dos hijos — dijo el otro—. Y que no vaya a imaginarse ese viejo imbécil que voy a dejarlos aquí, para embarcarme en su loca aventura.

Hubo un corto silencio, mientras caminaban por el amplio pasillo hacia las instalaciones exteriores donde estaban las dos astronaves,

—Quizá sea — dijo Carson, con tono conciliador—, porque no ha encontrado a su hijo; pero, cuando venga, puede ser que cambie de parecer.

Walker sonrió levemente.

—¡Su hijo! Todos sabemos dónde está su hijo.

—¿Es posible?

—¿Es que usted no lo sabía?

—En absoluto.

—Tom Sutton no está muy lejos de aquí. Lo que ocurre es que está completamente convencido de que su padre se ha vuelto loco de remate. Y por eso no quiere asomarse por estos lugares. Eso de la «dinastía de los Sutton en Marte» y las demás excentricidades del viejo, le han hecho reír a carcajadas. Prefiere sus diversiones en la ciudad, a estar encerrado aquí, esperando el momento de salir hacia los planetas.

—Entonces... ¿lo sabe todo?

—Todo. Y no piensa venir aquí hasta que su padre se haya ido fuera de la Tierra. Sólo entonces vendrá para hacerse cargo de toda la fortuna.

—¿Y si míster Sutton le desheredara?

—No puede hacerlo. Además de ser el único pariente que le queda; el viejo loco no puede, jurídica y legalmente, desheredar a una persona como su hijo, ya que huye de la Tierra. Las nuevas leyes así lo dicen. Por eso, Tom está tranquilo.

—Comprendo.

Habían llegado a una puerta que atravesaron, pasando directamente a un hangar de grandes dimensiones, en cuyo centro reposaba una especie de cigarro puro, cuya plateada superficie brillaba intensamente.

Era la astronave.

La otra, destinada a la prueba de lanzamiento, estaba situada en uno de los extremos y no media más de quince metros de longitud, siendo de la misma

forma que su hermana mayor.

Después de detenerse unos instantes ante los técnicos y obreros que ultimaban la grande, los dos hombres continuaron su camino hasta pararse definitivamente ante la pequeña.

Todo estaba preparado.

Durante todo el día trabajó preparando nuevamente los cálculos y repasando los detalles para que pudiese procederse al lanzamiento de aquella nave del espacio a la mañana siguiente.

Pero, a pesar de la intensidad de su labor, que era ciertamente agotadora, en todo el día no pudo alejar de su mente las palabras que el secretario había dicho.

Estaba firmemente decidido a no dejar a su hermano, su cuñada y su sobrino en la Tierra, y haría lo imposible para lograr que Sutton los admitiese en su astronave.

¿Qué podía tener contra los niños?

Indudablemente, el viejo no era una persona normal, ni mucho menos; pero, de todas formas, había demostrado, en muchas ocasiones, poseer un corazón sensible a ciertos sufrimientos de sus semejantes.

Al terminar su trabajo, volvió al refugio número tres.

Sutton estaba ocupado, en su despacho, repasando unas cuartillas llenas de cifras.

—Pase, pase, Carson,

Y le señaló un asiento.

Durante unos instantes se concentró en lo que leía. Después, quitándose sus gafas de présbita, miró al recién llegado.

—¿Ha ido todo bien?

—Sí, señor.

—¿Podremos lanzar al «Explorador» mañana?

—Sí. Todo está a punto. He vuelvo a repasar los cálculos y estoy completamente seguro que todo irá bien.

El viejo Bart sonrió.

—Me gustan los hombres como usted, Carson. Su entusiasmo y, sobre todo, su seguridad, infunden alegría en el corazón de un viejo como yo.

Hoppy fue a decir algo, pero el otro le detuvo con un gesto de su sarmentosa mano.

—Todos piensan mal de mí, Carson. Me tratan de loco y de egoísta. Yo lo sé y no digo nada. El desagradecimiento humano es lo que más ha abundado en todos los tiempos.

»Sin embargo, todos se equivocan, ya que mis esfuerzos no me serán, personalmente, de gran utilidad, puesto que tendré muy poco tiempo de vida para gozarlos. Es verdad no obstante, que tengo miedo a la muerte. A la muerte y a la soledad; pero ¿qué viejo no siente lo mismo?

»He leído y oído muchísimo de lo que puede ser una nueva guerra sobre la Tierra, de los destrozos que pueden causar las armas que la estupidez del hombre ha creado. Pero, sobre todos los horrores, sobre todos los sufrimientos, el más espantoso es el de la soledad.

»Muchas veces he soñado, con una insistencia verdaderamente insoportable, que sobrevivía a la guerra. Y que mi cómodo y seguro refugio me salvaba de todos los peligros. Yo estaba encogido sobre mí mismo, oyendo el estrépito apagado de las tremendas explosiones que me llegaba de fuera, como un rugido lejano.

»Después, cuando toda aquella locura terminaba, el silencio volvía a adueñarse de todo y, yo, sentado en mi silla de ruedas, como ahora mismo lo estoy, esperaba, hora tras hora, la llegada de algo que me demostrase que la vida no se había acabado totalmente sobre el planeta.

»Poco a poco, al no venir nadie, me daba cuenta, con una angustia indecible, que me había quedado completamente solo y que nadie vendría más a sentarse frente a mí, a hablarme...

»Era una sensación tan espantosa, que me despertaba gritando, pidiendo a voces que viniesen. Y no era suficiente que mi ayuda de cámara se presentase. Le ordenaba que, sin moverse de la habitación, con un pueril miedo a perderle, llamase a los otros. Y todos los criados y amigos venían junto a mí que, al verlos, terminaba por calmarme definitivamente.

»Ya ve usted, Carson, que no es el miedo a la muerte lo que me ha empujado a construir la astronave, sino la soledad, el terror que me causa quedarme solo, lo que me ha empujado, entre otras cosas, a hacer lo posible por salvar a unos cuantos, todos los que pueda, para que me acompañen allí, a Marte.

Se calló, como si sus pensamientos le reclamasen intensamente.

—También tengo, es verdad, otros proyectos, Quiero que la nueva humanidad, la que se instalará en Marte, no se parezca en nada a ésta, ¡Si pudiese arrancarles la memoria! Pero, por lo menos, trataré de impedir que hablen a sus hijos, a los que nazcan allí, de la Tierra y de sus problemas. Quiero que lo olviden todo y que empiecen a vivir nuevamente.

—Es un proyecto loable...

—¿Nada más, con toda sinceridad?

—¿Puedo decir lo que pienso?

—Sí. Ya le dije antes que me gustaban los hombres como usted.

—Encuentro su proyecto magnífico, señor, pero irrealizable.

—¿Por qué?

—Porque no es la memoria la que ha hecho que el hombre sea malo; es algo más íntimo y profundo. Algo que va ligado a su destino y no a su simple vida.

—Yo no puedo perder el tiempo en consideraciones tan filosóficas, amigo mío. Fíjese bien en que todo lo que he hecho lo he tenido que realizar en muy poco tiempo. Porque, desde el principio, el tiempo ha estado en mi contra, cerrándome el paso en todas las ocasiones.

—Comprendo.

—Y ha sido por eso, por la prisa, por lo que todo lo que he pensado he de hacerlo sin dudar un solo instante, como si poseyese la completa seguridad de no equivocarme.

* * *

El ejemplar que iba delante, arañando salvajemente la galería, era un macho enorme. Acababa de sustituir a otro ejemplar y éste, a su vez, había sucedido a otro, porque la lucha para abrir aquella galería, era dura, y larga, como ninguna de las que habían realizado hasta entonces.

Su fino olfato les había hecho descubrir que, al otro lado, se hallaba la comida, en una cantidad apenas concebible.

Y las ratas, conscientes de su deber, luchaban desesperadamente para, a su modo, asegurarse la supervivencia, tanto individual como la de la especie. Detrás, en los primeros tramos de la galería que estaban excavando, las hembras y los viejos se lamían los largos bigotes y se estremecían oyendo los agudos chillidos de los machos, que gritaban allá dentro.

Todo un pueblo de ratas esperaba.

Desde que el hombre había empezado a imitarlas, hundiéndose en la Tierra, los animales habían pasado una verdadera época de hambre, ya que se habían visto obligados a escapar de sus guaridas demasiado superficiales y, por ende, cerca de las despensas comunes de los hombres.

Habían sido tiempos difíciles y crueles, ya que en muchas ocasiones se habían visto obligados a entre devorarse, empezando por los más viejos e

inútiles y siguiendo con las crías, que las hembras habían defendido heroicamente... o habían devorado, anticipándose a la llegada de los machos.

De todas formas, aquella manera de destruirse locamente no estaba de acuerdo con las leyes de la conservación de la vida. Y el instinto empezó a tomar carta de naturaleza, orientando a los más hábiles y decididos hacia empresas que tenían como solo objeto buscar comida.

Alguien, cuyos gritos de alegría habían recorrido todas las galerías que ocupaban las ratas, había hecho comprender que los buenos tiempos habían vuelto.

Y cuando se dieron cuenta de que el hombre había trasladado sus más apetitosos manjares al interior de sus nuevas guaridas, las ratas se lanzaron a la búsqueda de aquellos tesoros.

Por eso, en aquella ocasión, después de haber empezado a saquear algunos depósitos de víveres, de los que hubieron de huir, al ser atacados por el hombre, avanzaban ahora por aquella galería, seguros de descubrir un mundo maravilloso, en el que podrían comer hasta la saciedad.

El olor, perceptible para sus finas naricillas, llegaba ya desde el otro lado, a través de los terrones de tierra que tapaban aún la entrada. De ahí que los machos se esforzasen, utilizando sus garras, hasta que el dolor de éstas, cubiertas de sangre, les obligaba a dejar el trabajo al siguiente.

Las ratas estaban contentas.

Habían olvidado sus preocupaciones del principio, cuando sintieron que el hombre penetraba en un mundo que, hasta entonces, les había pertenecido por completo.

Ahora, dándose cuenta de los beneficios que podían extraer de aquella nueva situación, manifestaban su alegría y su impaciencia, lanzando agudos chillidos, que eran como toda una frase del placer anticipado que expresaban.

El macho que acababa de sustituir al que dejaba el trabajo, sintió perfectamente los efluvios deliciosos de la comida y empezó a patear febrilmente, echando la tierra hacia atrás, donde otros individuos del pueblo la iban lanzando hacia donde desembocaba aquella galería.

Emocionadas, las hembras, en la gran galería, olfateaban la tierra que caía junto a ellas, hundiendo el hocico en ella y presintiendo todos los olores que había allí. Entonces, frenéticas, gritaban, incansablemente, mientras sus crías, pegadas al peludo vientre, miraban, con los ojos apenas abiertos las sombras que se movían por su lado.

Las ratas estaban contentas.

Finalmente, el macho consiguió sentir el espacio abierto al otro lado. Por el momento, no dando aún crédito a sus sentidos, continuó dando zarpazos a

diestro y siniestro, como si desease convencerse, de una manera palpable, de que había logrado abrir el camino hacia la saciedad y la felicidad.

Y cuando se dio cuenta de ello, cuando, pasando su cuerpo por el estrecho orificio que había abierto, penetró en el otro lado, lanzó un agudo chillido de triunfo, qué fue coreado por todos los que, detrás de él, esperaban tan espectacular momento.

Y la loca carrera empezó.

Encima de aquel depósito un hombre, sobre su silla de ruedas, meditaba. Sus ojos estaban entornados y sus ideas muy lejos, al otro lado del espacio, en las tinieblas del vacío sideral.

Si también intentaba, desesperadamente, abrir una galería en el cielo; un conducto que le llevase a una nueva vida que, aun presintiendo, no se atrevía siquiera a concebir.

Un momento, por un cortísimo instante, su ensimismamiento pareció truncarse, ya que creyó oír un agudo chillido que surgía, a sus pies, de lo profundo del depósito de víveres que había preparado para el viaje a Marte.

Pero, poco después, sus ideas se llevaron nuevamente su espíritu hacia regiones que estaban al otro lado del túnel, donde la luz era apenas como un brillante en el fondo de un pozo.

Bajo él, los animales entraban a saco en el mejor de sus universos.

Las ratas estaban contentas.

CAPÍTULO III



L elegante vehículo del secretario de Sutton penetró, después de abandonar una flamante avenida, en el sistema de callejuelas sucias de aquel barrio que se repetía, con muy pocas variaciones, en todas las ciudades del mundo.

El coche se detuvo, finalmente, tras contornear con cierta dificultad las estrechas vías de aquel sector ciudadano, ante una casa como las otras, con las mismas paredes gastadas por el tiempo, con idénticas ventanas, donde los visillos, sin ser jamás tocados por el sol, habían no obstante perdido su color primitivo, identificándose un tanto con el de las fachadas, viejas y desconchadas, que tiraba a gris ceniciento.

Al descender del vehículo, Walker hizo el mismo gesto de repugnancia que contraía sus rasgos cada vez que venía a estos lugares. Después, cerrando cuidadosamente la portezuela, cruzó los dos metros que le separaban de una de las puertas, empujándola familiarmente y penetrando en el interior de la casa.

La parte baja, como la mayoría de las primeras plantas de todas las casas de aquel barrio, era una especie de bar, un tugurio sucio, maloliente y oscuro, con un mostrador y unas mesas en las que los vasos habían dibujado perennes círculos que se entrecruzaban en una curiosa y difícil geometría de caprichoso dibujo.

Harry reconoció inmediatamente a la vieja que estaba tras el mostrador, con su vaso de ajenjo en la mano y sus greñas sucias y casi blancas que le caían sobre un rostro perfilado como el de un águila.

Ella también le reconoció.

Sus ojillos húmedos y como perdidos en un extraño nirvana se animaron al ver entrar al elegante joven.

Éste se acercó al mostrador sin, no obstante, atreverse a apoyarse sobre él.

—¿Míster Sutton?

La vieja tardó unos instantes en contestar; después, con voz ronca y lanzando sobre Harry un aliento que apestaba a alcohol:

—No está — dijo.

—¿Tardará mucho?

—No lo sé.

Walker pareció contrariado; luego, haciendo un gesto hacia la escalera que, más que verse, se adivinaba al fondo, entre las tinieblas.

—¿Tampoco está ella?

—Sí.

—Subiré y la esperaré arriba.

La vieja harpía se encogió de hombros.

—Como quiera...

Y cuando Harry se disponía a separarse del mostrador:

—¿No va a pagarme un vaso hoy? — inquirió, sonriendo y mostrando los espacios negros que había entre sus dos únicos dientes.

Harry la había acostumbrado siempre a pequeñas propinas. Así, sacó unas monedas y las tiró sobre la superficie grasienta del mostrador.

—Gracias, caballero.

Pero Walker no la escuchaba ya y luchaba con la oscuridad de la escalera, cuyos escalones gemían lúgubremente a cada paso.

Una vez en el rellano del piso superior, Walker se dirigió hacia el fondo, deteniéndose ante una puerta ultrajosamente pintada de rojo, a la que llamó, golpeándola con los nudillos.

Tuvo que esperar un buen rato; pero, de todas formas, comprendió que habían oído su llamada, ya que alguien se movía en el interior.

Hasta que abrieron.

Un farol verde pendía del diminuto vestíbulo, amueblado sin ningún gusto. Pero, como de costumbre, la atención de Walker no se detuvo en detalles que conocía de memoria. Sus ojos se clavaron en la figura femenina que le sonreía.

Encontrar una belleza como aquélla en un sitio tan infecto era un problema que Walter, acostumbrado a otro mundo, no había podido dilucidar satisfactoriamente nunca.

Era rubia, con dos hermosos ojos azules y una silueta de estatua griega. Todo aquello, lo externo, no podía ser más perfecto y parecía haber salido del cincel de un artista maravilloso; pero Walker sabía que, como en las casas de muchas calles de la ciudad, aquello no era más que faenada; un lindo telón que ocultaba una mentalidad como la de las calles de aquel barrio.

—¡Pero si es nuestro amigo Harry!

Él también se vio obligado a sonreír.

—Buenos días, señorita Duncan.

—Pase, pase; por favor.

Walker penetró en el vestíbulo, siguiendo después a la muchacha, cuando ésta hubo cerrado la puerta. Recorrieron un estrecho pasillo que desembocaba, bruscamente, en un saloncito amueblado con el mismo mal gusto que el resto de la casa.

—Siéntese, Harry, por favor, ¿Quiere tomar algo?

—Bueno.

Ella le sirvió una copa de licor, que él empezó a beber lentamente.

—¿Tardará mucho en venir?

—¿Quién? ¿Tom?

—Sí.

—Ha salido muy de mañana; pero no tardará mucho. ¿Trae usted dinero?

Él asintió con la cabeza, antes de decir:

—Sé que lo necesitan.

Ella sonrió.

—Es usted un tipo formidable, Harry. Si no hubiera sido por su ayuda, lo hubiésemos pasado bastante mal.

—Era mi deber. No podía dejar a Tom en la estacada.

—¿Qué dice su padre?

—Lo de siempre. Lo cree muy lejos y no cesa de buscarlo.

Ella se pasó la mano por su larga cabellera, acariciándosela largamente.

Dijo como para sí:

—No he comprendido nunca el motivo que ha tenido Tom para alejarse de su casa.

La muchacha ignoraba por completo los proyectos del viejo. Y Walker, sin poderlo evitar, sintió la necesidad de informarla. Así, sin ser preguntado directamente, le contó todo.

Dora Duncan, con los ojos muy abiertos, escuchó aquel relato, que le pareció el más fantástico que había oído en su vida.

—¡Pero si parece cosa de película! — exclamó, sinceramente divertida, cuando Harry terminó de hablar.

—Sin embargo, señorita, es una hermosa realidad.

—¿Por qué la llama hermosa?

—Porque el viejo no es tonto. Sabe perfectamente lo que ocurrirá cuando la guerra estalle. Nadie quedará con vida y él quiere reírse de todos, escapando fuera de la Tierra.

—Pero, ¿usted cree que llegará hasta Marte?

—Seguro. Carson, nuestro técnico en astronaves, es una verdadera maravilla y con el iría yo hasta donde él me dijese, sin miedo alguno.

—Es formidable.

Y luego, recordando una de las frases que el secretario había dicho, dijo:

—¿Así que si Tom fuese a Marte, sería una especie de rey?

—Eso es. Tom sería el rey de una nueva humanidad.

Ella sonrió y con los ojos entornados, dijo:

—Parece uno de aquellos cuentos que mi madre me contaba cuando era pequeña.

Pero Walker estaba leyendo las ideas de ella con una claridad meridiana.

—Le gustaría ser la compañera de Tom, ¿verdad, Dora?

Era la primera vez que se atrevía a llamarla por su nombre; pero ella pareció no dar importancia a aquel nimio detalle.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Lo he leído en el brillo de sus ojos.

Ella volvió a sonreír.

—Es usted un hombre muy listo, Harry.

—Soy un hombre que quiere la felicidad de Tom y la suya, Dora. Y creo haber dado suficientes pruebas de mi lealtad hacia ustedes.

—Eso ya lo sé.

Y después de una pausa, siguió:

—¡Cuánto me gustaría ir a Marte con Tom! Pero eso — agregó, ensombreciendo su bello rostro — es imposible.

Walker se estremeció.

Había empezado a jugar con las mejores cartas y no deseaba, en modo alguno, perder aquella oportunidad que había surgido de una manera tan inesperada.

—¿Imposible?

—Completamente.

—Yo no lo creo así.

Ella le miró fijamente.

—Si usted lograse que ese sueño se convirtiese en realidad — dijo, repentinamente—, tendría en mí la amiga más verdadera que jamás ha conocido.

—Ya lo sé.

—Pero ¿para qué va usted a preocuparse de mí, si ya tiene su sitio en esa astronave, como me ha dicho antes?

—No lo tengo.

—¿Eh?

—Lo tengo para mí; pero el viejo se niega a que lleve conmigo a mi mujer y a mis pequeños.

—¿Es posible?

—Como lo oye.

—¡Qué estúpida crueldad! Ahora comprendo toda la amargura que ha demostrado al explicarme el proyecto del padre de Tom. — Y sonriendo con mayor intensidad: —creo que usted va a ser, entonces, mi mejor aliado.

—¿Tiene usted algún proyecto?

—Puede ser —dijo ella, con un tono misterioso en la voz.

—Cuente conmigo.

—De eso estoy completamente segura. Escuche, Harry, ¿qué clase de tripulación quiere llevar el «viejo»?

Él sonrió, divertido, al darse cuenta de que ella llamaba a Sutton con aquel adjetivo que era familiar a todos, lejos de su presencia.

—Ha seleccionado a sus amigos; hombres de edad o jóvenes, pero todos sin hijos. Incluso creo que el piloto deseaba llevarse a su hermano, que tiene esposa y un pequeño; pero no lo logrará. El «viejo» es intransigente.

—¿Y si el piloto se negase a conducir la astronave?

—El viejo se las arreglaría para obligarle; no le conoce usted bien, Dora.

—Perfectamente. Por lo que veo, ese hombre quiere llevar al planeta Marte a una serie de tipos medio muertos, obedientes, sumisos... ¡Ya entiendo! Pero no será así.

—¿Usted cree?

—Sí. Espere un poco, Harry. Por el momento, prefiero no decir nada más. Tengo que reflexionar sobre todo esto. Y, desde luego, por ahora, no querría que Tom se enterase de nada.

—Yo no diré ni una sola palabra.

—De acuerdo. ¿Por qué no me da el dinero, como otras veces, y regresa junto al viejo, Harry?

—¿No quiere que vea a Tom?

—No es necesario. Le diré que ha pasado usted por aquí.

—Como usted quiera.

Sacó un buen fajo de billetes, que tendió a la muchacha.

Momentos más tarde, su vehículo se alejaba de allí.

* * *

En cuanto Walker hubo desaparecido, Dora se vistió rápidamente, demostrando, en cada uno de sus movimientos, que un nerviosismo completamente nuevo se había apoderado de ella.

Guardando casi la totalidad del dinero que le había entregado Harry en el lugar donde Tom y ella tenían costumbre de hacerlo, para disponer de él indistintamente, se reservó unos cuantos billetes y salió de su habitación, bajando la escalera rápidamente.

La vieja, que parecía dormitar sobre el mostrador, levantó la cabeza al oír el taconeo precipitado de la muchacha.

—¿Sales?

—Sí. Dígale a Tom, cuando venga, que no tardaré mucho.

—Está bien. ¿No pagas un vaso?

Dora hurgó en el bolso, dejando caer un pequeño billete sobre el mugriento mostrador.

—Gracias — dijo la vieja.

Una vez fuera, la muchacha se dirigió directamente hacia la parte más sórdida del barrio. Al pasar, muchos de los extraños habitantes de aquella zona la saludaban afectuosamente.

Y ella sonreía.

Sonreía porque estaba completamente segura en aquellos lugares, mucho

más que lo hubiese estado en las calles céntricas de la ciudad. Porque allí, en las tortuosas y sucias callejuelas, había nacido y todos la conocían y la respetaban.

Penetró, finalmente, en un callejón sin salida, en cuyo fondo había una casa de un solo piso, con una puerta que permanecía siempre entreabierta.

Era «El Hogar del Vagabundo».

Así lo llamaban; pero, en realidad, aquella casa encerraba a todos los que huían de la ley, a los que deseaban ocultarse y a todos los que, por un motivo u otro, buscaban afanosamente las autoridades.

«El hogar del Vagabundo» era también llamado «La Casa de las Mil Puertas», debido a que, teniendo aparentemente una, que muchas veces bloqueaba la policía, no era capaz de encontrar a nadie, aunque tuviese la seguridad de que estaba llena de maleantes de la peor especie.

Dora empujó la puerta, sabiendo perfectamente que su llegada debía haber sido anunciada, ya que el sistema de vigilancia, tanto durante el día como durante la noche, era tan perfecto como infalible.

En efecto, nada más pasar el umbral, una sombra se acercó a ella.

Era Wilson, el «Tuerto».

—Hola, princesa.

—¿Está Sullivan?

—Su majestad está abajo, reunido con unos cuantos.

—Llévame ante él.

Wilson asintió con la cabeza y encendiendo una linterna, se dirigió, por un oscuro y tenebroso pasillo, hacia el final, donde una cómoda le detuvo.

Pero sólo un momento.

Cogiendo el mueble con ambas manos, después de entregar la linterna a la muchacha, Wilson lo corrió, dejando ver un orificio, como media puerta.

—Pasa, princesa. Yo debo quedarme aquí.

Ella se inclinó, para poder pasar por aquella estrecha abertura y se guió con la linterna, sintiendo que el «Tuerto» cerraba la entrada inmediatamente detrás de ella.

Un desagradable olor, mezclado a la humedad del ambiente, la hizo estremecerse; pero, reanimándose en seguida, prosiguió su camino, casi a gatas, hasta que pudo ponerse en pie, unos metros más allá y penetró directamente en el sistema de cloacas de la ciudad.

Caminó, con cuidado, por el borde cimentado, junto al arroyo por el que

circulaba el agua podrida de las letrinas.

Un poco más allá, el pasillo se ensanchó inesperadamente, desembocando en una especie de plazoleta, profusamente iluminada, Sullivan sabía hacer las cosas.

Un grupo de una media docena de hombres, sentados sobre colchones de paja, escuchaban atentamente las palabras de otro, que era el único que tenía un viejo sillón, apoyado sobre la pared, por la que las gotas de agua caían sin cesar.

Era Sullivan.

Para todos, sin embargo, su nombre no era otro más que el de «Rey de los Mendigos». Y su autoridad, inflexible y tiránica, se ejercía en toda la ciudad, en la que ningún maleante se hubiese atrevido a ponerla en duda.

Al oír los pasos de la muchacha, los hombres se volvieron hacia la zona iluminada por la que avanzaba Dora. Y Sullivan también miró hacia aquel lado, dejando de hablar.

—¡Pero si es la princesa!

Se levantó, dejando el sillón vacío y haciendo que la muchacha tomase asiento en él.

—¿Cuánto tiempo hacía que no venías por aquí, pequeña? — inquirió Sullivan, con una sonrisa.

Era un hombre alto, de anchas espaldas, con los cabellos rubios ensortijados. Debía de tener cuarenta años, pero aparentaba muchos menos, ya que muy pocos sabían cuidarse como él.

—Hace mucho tiempo — repuso ella.

Los ojos acerados del «Rey de los Mendigos» la miraban fijamente.

—¿Algo nuevo, princesa?

—Sí; pero deseaba decírtelo, en principio, a ti solo.

Sullivan asintió con la cabeza.

—Ya lo habéis oído, muchachos, La princesa quiere hablarme.

Se levantaron, al unísono, sin decir una sola palabra.

Dora los miró, sonriente; conocía a muchos de ellos. Luego, abriendo su bolso, dijo:

—Dales estos billetes, Sullivan. Quiero que beban a nuestra salud.

Los rostros se iluminaron y brillaron los ojos con una inusitada fuerza.

No dieron las gracias, guardando un obstinado silencio, pero la expresión

de sus caras era lo suficientemente explícita para que Dora no notase la falta de un agradecimiento verbal.

Cuando se quedaron solos, la muchacha encendió un cigarrillo, invitando al hombre, que esperaba que ella se decidiese a hablar.

—¿Es verdad que va a haber guerra, Sullivan?

Él frunció el entrecejo.

—Seguro que la habrá, princesa.

Ella tenía plena confianza en aquel hombre, cuyas fuentes de información eran preciosas.

—¿Por qué me preguntas eso, princesa?

—Por muchas cosas; pero antes quisiera que me dijeses lo que pasaría si la guerra estallase. ¿Es verdad que todos... moriríamos?

Sullivan enarcó las cejas.

—Mucho peor que eso, princesa. Sería mejor, según he oído, morir. Porque los que quedasen con vida se convertirían en monstruos... gente con dos brazos inútiles, los rostros quemados, ciegos y deformes...

Ella palideció.

Se daba cuenta, entonces, de lo fantástico que era el proyecto del viejo. Y segura que Sullivan, como «Rey de los Mendigos», pondría su poder al lado de aquella maravillosa oportunidad, relató al hombre lo que sabía.

Y los ojos de Sullivan empezaron a brillar con una intensidad creciente.

* * *

También brillaban los ojos de la rata. Había avanzado, sin el menor ruido, hasta el límite de la zona luminosa, atraída por aquel misterioso olor que, completamente desconocido para ella, le había llamado poderosamente la atención.

Su largo hocico se movía sin cesar, olfateando, con una creciente extrañeza, aquel aroma delicado, que sonaba como una blasfemia en un lugar como la cloaca.

La rata conocía todos los olores de su mundo pútrido y subterráneo.

Conocía el olor que exhalaba el cuerpo muerto que flotaba sobre las aguas sucias de los arroyuelos de las alcantarillas. Aquellos cuerpos que atraían a su pueblo, hambriento siempre. Aquellos cuerpos que, generalmente, la mayor parte de las veces, eran de gatos, perros y hasta conejos y liebres que, muertos

por enfermedad, eran tirados por las bocas de las alcantarillas de las calles o de algún gran mercado de la ciudad.

Pero, de vez en cuando, el olor que les llegaba era intenso, como el de aquellas extrañas criaturas que bajaban bajo el suelo y charlaban largamente, bajo la égida del «Rey de los Mendigos». Esas veces, eran los cuerpos de seres humanos, cuya carne hartaba a las ratas famélicas, constituyendo un verdadero manjar de reyes para ellas.

Las ratas, sin saberlo exactamente, sospechaban que los hombres que mandaba Sullivan eran los responsables directos de aquellos fantásticos banquetes. Indudablemente, la rata ignoraba que aquellos desgraciados que flotaban sobre las aguas de la cloaca eran las víctimas de la gente de Sullivan, jóvenes atraídos por el misterio del barrio infecto y que terminaban, antes de ser despojados de sus joyas y dinero, con un cuchillo clavado en la espalda.

Pero no era aquello lo que llamaba ahora la atención del roedor.

Era el olor, cada vez más fuerte, que le embriagaba de extraña manera, como algo que su diminuto cerebro no pudiese concebir.

¡Con cuánto placer hubiese degustado aquella carne tan intensamente perfumada!

Era verdaderamente extraña la presencia de aquella delicada criatura en el lugar que hombres sucios y malolientes habitaban de costumbre. Por eso la rata, olvidando su propia prudencia, estaba allí, junto a la luz y a la sombra, en la raya turbia de la penumbra, excitada como jamás había estado.

Y era como si previese todo lo que aquellas criaturas estaban pensando.

CAPÍTULO IV



L penetrar en el despacho del comandante, Alan Lumen sintió, o presintió, que algo nuevo flotaba en el ambiente.

Todos los jefes de rampa estaban allí, silenciosos, escuchando las palabras del jefe de la base, que se interrumpió al ver entrar al joven,

—Le esperábamos, Lumen.

—No sabía que había reunión, señor.

—Ya lo sé. Tenga la amabilidad de sentarse. Alan obedeció y el comandante volvió a empezar, para que el recién llegado pudiese captar su idea.

—Decía antes que hemos recibido ciertos informes sobre el descubrimiento por nuestros técnicos de una nueva arma ofensiva. También decía que hemos sido elegidos para probarla; es decir, para que la ensayen sobre nuestra base.

»Se trata, según los informes recibidos, de un nuevo tipo de cohete, que será lanzado, dentro de una hora, contra la rampa del capitán Lumen. Naturalmente, ese proyectil no lleva ninguna carga, y si llega hasta nosotros no causará daño alguno.

»Sin embargo, este «no llegará» ha hecho sonreír a los técnicos, que afirman que no podremos detenerlo en modo alguno.

Los jefes de rampa sonrieron.

—Comprendo, señores, esas sonrisas que, en principio, suscribo completamente. De todas formas, serán los hechos los que nos den o quiten esa risa, que tanto me place y que agradezco a ustedes, ya que significa una hermosa y sincera confianza en los medios que poseemos.

»Los técnicos afirman que el «Invencible», así llaman al nuevo cohete teledirigido, llegará hasta nuestras rampas; nosotros estamos dispuestos a demostrarles la eficiencia de las defensas que hemos montado. Dentro de una hora habremos salido definitivamente de dudas.

»Por el momento he ordenado que todas las estaciones de radar que están bajo nuestro directo control se pongan en funcionamiento, dando la alarma en

el momento preciso. Espero de todos ustedes una colaboración tan entusiasta como siempre.

»En caso que la «Jauría» de la rampa del capitán Lumen no sea suficiente, aunque creo que sí, ustedes lanzarán las suyas, ya que lo que deseo es que el «Invencible» será irremisiblemente vencido.

»Eso es todo.

Salieron en estado de efervescencia, contentos de haber sido elegidos para el ensayo, ya que hacía muchísimo tiempo que todos deseaban entrar en acción.

—¿Crees que lograrán sus propósitos? — inquirió uno de ellos, dirigiéndose a Alan.

—Yo haré lo imposible para que salgan fallidos; pero...

—¿Qué quieres decir?

—Ya conoces a los técnicos: son como demonios y siempre se guardan un «as» en la manga. Desconociendo las características de ese «Invencible», vamos a obrar un poco a ciegas.

—¿Y qué esperabas? — rezongó el otro—. ¿Qué te comunicasen todos los secretos? ¿Crees que el enemigo, cuando lance sus proyectiles, va a enviarte previamente una carta certificada con sus características?

—No es eso.

Y siguió andando, sin dar más explicaciones.

Estaba plenamente convencido de que si la guerra estallaba no habría manera de detener todas las armas secretas que el contrario lanzase contra Occidente.

Y, por primera vez, pensaba en la astronave del Viejo, como la única solución.

¿Desertar?

No, pero procurar que Kelly y el pequeño Bob escapasen al horror de una nueva contienda.

—Tendré que hablar con Hoppy. Y lo haré seriamente— se dijo.

Los ascensores le condujeron a las entrañas de la Tierra, al centro de control de su rampa, perfectamente oculta bajo una visera de acero que, en el momento preciso, se descorrería, dando paso a la furiosa «Jauría».

Alan les explicó todo, detallando lo que había dicho el comandante. Y ellos, como los oficiales, suspiraron de placer, deseosos de salir de aquella inactividad demasiado prolongada.

Bajo tierra, a cerca de cincuenta metros de profundidad, las Máquinas de la Muerte brillaban intensamente, mostrando los tubos plateados por los que saldrían, en el momento oportuno, los proyectiles que buscarían en el espacio a sus enemigos o, atravesando el aire, irían a estrellarse sobre los blancos previstos.

Al pasar por la sala de los «Tigres», Alan observó con verdadero orgullo las rampas que, con todo calculado, inclinación prevista y graduada, no esperaban más que lanzar sus mensajes de destrucción hacia puntos lejanos de la base.

Cada una de aquellas rampas tenía un objetivo determinado y, además del «Tigre» que reposaba sobre cada una de ellas como un monstruo ciego que esperase el momento de demostrar su inusitada potencia, otros hermanos suyos, otros «Tigres», yacían al lado, preparados para seguirle, haciendo inútiles todos los esfuerzos del adversario para detenerlos.

Alan sonrió.

Allí estaba como en otras rampas vecinas, separadas por gruesos muros de cemento, el poder de la raza y, en potencia, la destrucción de todo lo que se opusiese a tal poder.

Después pasó a la sala de las «Jaurías», donde, en aquel momento, sus subordinados trabajaban arduamente, disponiéndolo todo para la «parada» del «Invencible».

Sentándose finalmente en su puesto de mando ante la pantalla de televisión central que le uniría en todo momento al comandante de la base y las pantallas laterales, con las que podía seguir el camino de algunos de la «Jauría», que llevaban consigo un televisor transmisor, Alan se sintió fuerte como nunca, dispuesto a demostrar a los técnicos que el país podía confiar en aquellas estupendas instalaciones.

A su lado seis hombres ante sendas pantallas de radar seguirían la marcha del «Invencible» y, manejando velozmente las teclas de su correspondiente «cerebro electrónico», irían proporcionando los datos que se transmitirían automáticamente a las rampas de la «Jauría», que empezarían a lanzar, también automáticamente, sus furiosos «perros» en busca del lejano y terrible objetivo que volaba hacia ellos.

Nunca el hombre se había sentido tan importante y, al mismo tiempo, más pequeño. Porque, a pesar de ser el creador absoluto de toda aquella maravilla, la máquina lo había reducido a un simple observador, cuyas decisiones no podían tenerse en cuenta, ya que su mente trabajaba muchísimo más lentamente que los «relais» de los cerebros automáticos, capaces de encontrar las variantes de una función, por muchos millares que fuesen, en unas décimas de segundo.

Grandiosidad y pequeñez.

Alan pensaba en todo aquello, mientras seguía la marcha de las agujas del reloj que, inexorablemente, se acercaban al gran momento.

Y aquello no era más que un ensayo...

La verdadera hora «H» sonaría un día. Y en vez de aquella tranquilidad en el fondo, que rezumaba el corazón de todos, la angustia se instalaría en ellos, mordiéndoles con sus largos y agudos dientes. Porque lo que ahora, en el peor de los casos, podía significar una simple derrota deportiva entre técnicos y militares, sería entonces, con todas sus consecuencias, la muerte, el Final...

Lumen, sin poder evitarlo, volvió a pensar en la astronave del Viejo y en la hermosa posibilidad de huir.

Tenían toda la razón los que decían que no habría vencedores y vencidos en una nueva contienda. Una oleada de mortífera radiactividad envolvería al planeta como una nueva atmósfera irrespirable, como un sudario que, al levantarse, años o siglos más tarde, descubriría un mundo fenecido, muerto definitivamente para la vida.

Se estremeció.

Y entretanto, el aparato de Sutton habría atravesado el espacio y se posaría en Marte, del que se sabía poseía una atmósfera perfectamente respirable, en contra de las anticuadas teorías que se habían derrumbado definitivamente.

Allí se instalaría la nueva pequeña humanidad, con todo el tiempo por delante, para construir, para hacer, para crear un nuevo mundo, en el sentido más amplio de la palabra; un nuevo mundo donde la felicidad de los primeros tiempos sería indudable.

Una luz se encendió y la pantalla dejó ver el rostro del comandante.

—¿Todo preparado, capitán Lumen?

—Sí, señor.

—No faltan más que diez minutos. Naturalmente, no nos han dicho de qué lado vendrá el «Invencible».

—Lo supongo, señor.

—¿Dispuestas las redes de radar?

—Sí. Cubrimos el horizonte entero.

—¿Y las de altura?

—Tamizan sus sectores hasta cerca de cien kilómetros. Eso hace que podamos «cazar» su imagen dieciocho segundos antes de que llegue aquí.

La imagen del comandante sonrió en la pantalla.

—¿Es que piensa que llegue, Lumen?

—Era una manera de decir, señor. Con dieciocho segundos de tiempo nuestra «Jauría» puede correr dos mil kilómetros.

—Ya lo sé; era una broma.

—Lo comprendo, señor.

Hubo una corta pausa.

—Quiero, sobre todo, que se me precise el lugar desde el que será lanzado el «Invencible». Ya sabe usted que eso es lo más fundamental.

—Lo sé, señor.

Y era verdad.

La importancia de precisar el origen de un lanzamiento residía en poder conocer al agresor cuanto antes. Porque, a pesar de verse atacados, no podían responder sin conocer el origen y la personalidad del agresor.

Aunque podía tener la seguridad de su identidad.

—Buena suerte, Lumen.

—Gracias, señor.

Desapareció la imagen del comandante y Alan lanzó una nueva mirada a las saetas del reloj.

Faltaban cuatro minutos.

Conectando el micrófono que le ponía en comunicación con todo el personal, hablo concisamente.

—Se está acercando la hora, muchachos. Espero que sabréis estar a la altura de las circunstancias. Gracias a todos.

Y cortó.

Casi inmediatamente, cuando solo faltaban tres minutos, el contador luminoso se puso en marcha y poco después el cronomicrófono empezó a cantar, con voz monótona, siguiendo el parpadeo de las luces rojas y verdes:

«Noventa segundos... Ochenta segundos... Sesenta segundos»

Alan sentía latir su corazón.

«Cuarenta y cinco, cuarenta y cuatro, cuarenta y tres»

Cerrando los ojos, Alan se imaginó a otros hombres que, lejos de allí, en un lugar desconocido, contaban también los segundos antes de pulsar un botón, que lanzaría, con un rugido formidable, aquel ignoto proyectil

descargado que iba a poner en prueba la eficacia de las bases y rampas.

«Veintiocho... veintisiete... veintiséis...»

El radar estaba horadando el espacio en todas direcciones, a todas las alturas posibles, como largos dedos que deseasen captar el paso o la presencia de la poderosa máquina que no iba a tardar en penetrar en su campo de acción.

«¡Catorce, trece!»

Y en las entrañas de las complicadas máquinas, latiendo entre los relámpagos electrónicos que la cibernética había creado, los «relais» iban haciendo cálculos y más cálculos, estudiando posibilidades y más posibilidades, dispuestos a aplicarlos en el momento que fuese preciso.

«¡Cuatro!... ¡Tres!»

Una angustia honda se apoderó de Alan. Y, sin poderlo evitar, cerró los ojos.

«¡Dos!»

Ya no había tiempo de retroceder, ya que antes de que el corazón hubiese latido una vez más, el «Invencible» estaría ya en el aire.

«¡¡Uno!!»

Un timbre y todas las luces de alarma se encendieron al mismo tiempo. La fiebre de las máquinas ganaba a los hombres y la tensión emocional era tan grande que los ojos brillaban y las frentes se perlaron de sudor.

—¿Radar?

—Nada aún, señor.

Eran unos segundos, muy pocos, antes de que el «Invencible» entrase en el campo de la «visión» del radar.

Millones de corpúsculos, en trenes de ondas, eran lanzados constantemente, con la esperanza de que al chocar con el objetivo, volviesen a su punto de origen, a la fantástica velocidad de 300.000 kilómetros por segundo, dando la alarma mucho antes de que el «Invencible» hubiese avanzado un solo centímetro.

—¿Radar?

—Nada.

Alan se mordió los labios.

Una luz amarilla se encendió a su izquierda, apareciendo el rostro de uno de los soldados en la pantalla de televisión.

—¡Contacto radar, mi capitán!

Alan vio las gotas de sudor en la frente de aquel muchacho. Y hasta observó la angustiosa manera de absorber el aire, dilatando las ventanas de la nariz como un caballo fatigado.

—¿Sector?

—Doscientos treinta, señor.

—¿Velocidad del objetivo?

—Ocho kilómetros por segundo, señor.

Todas aquellas palabras no se habían perdido. Los oídos invisibles de los cerebros electrónicos habían captado las cifras y realizaban ahora todos los problemas de puntería a una velocidad vertiginosa.

—¡Fuego rampa uno!

¡Úuuuuuuu...!!

Un maullido, al tiempo que el primer miembro de la «Jauría» escapaba del tubo de la rampa

—¡Fuego la dos, tres, cuatro, cinco y seis!

¡Úuuuuuuu...!!

Vibraban las salas subterráneas a cada salida, como si los materiales se estremeciesen de horror ante los hechos del hombre.

Alan conectó la pantalla de la «Jauría» que llevaba transmisor.

El cielo apareció ante él; un cielo extraño, tan raro como el que puede ser contemplado por el ojo de cíclope de un aparato que va a 22 kilómetros por segundo subiendo hacia el espacio.

¿Qué tenía que ver aquel cielo con el que los hombres conocían? ¿Existía acaso en realidad cielo semejante?

¿O era un cielo que los ojos miopes de los televisores habían inventado?

Sin separar la mirada de la pantalla, Alan seguía el camino de la «Jauría».

De repente...

Era un punto negro sobre el azul del cielo; un punto que fue aumentando de tamaño a gran velocidad hasta convertirse en una especie de cigarro puro de brillante aluminio.

¡Lo habían captado!

Desde aquel momento al de ser destruido no faltaban más que unos pocos segundos.

La pantalla se apagó repentinamente.

Al mismo tiempo los micrófonos empezaron a cantar la victoria en todos los tonos.

—¡Le hemos dado, señor!

—¡Hemos vencido!

Alan se sintió infinitamente dichoso.

Si aquello había sido posible, podía mirar hacia la negrura de los tiempos futuros con un poco más de esperanza.

—¡¡Contacto radar, señor!!

—¿Quién ha dicho esa estupidez?

Pero nadie le escuchaba.

—¡Distancia seis mil!

—¡Imposible lanzar «Jauría»!

Con los puños cerrados, Lumen pulsó todos los botones de llamada; pero fue completamente inútil.

Hasta las máquinas habían enmudecido.

El trueno lo hizo vacilar todo y el sonido se propagó por todos lados, estremeciendo las instalaciones en un temblor que repercutió hasta lo más hondo de los huesos de los hombres.

El «Invencible», antes de explotar por el ataque de la «Jauría», había lanzado otro nuevo proyectil que llevaba en su interior y que escapó fácilmente a los ya dirigidos proyectiles, aprovechándose del emborronamiento del radar de la base para caer sobre ella sin que nada pudiese hacerse por impedirlo.

* * *

Las ratas corrían alocadamente por sus complicados sistemas de galerías.

Desde el primer «¡¡úuuuu...!!» se estremecieron de horror, comprendiendo que los hombres que estaban sobre ellas habían desencadenado la muerte.

Sus agudos chillidos se perdieron en el estrépito que los de la «Jauría» promovían al salir de sus rampas; pero el terror no era capaz de borrarlo ningún otro ruido. Y las ratas, enloquecidas, corrieron sin parar, olvidándolo todo, las hembras y las crías, que, incapaces de seguir la carrera de los machos y de los jóvenes, se acurrucaron en lo hondo de sus cubículos, temblando azarosamente.

Habían olvidado muchas cosas.

Porque las ratas, de muy corta memoria y de más corta vida, no recordaban ya la Segunda Guerra Mundial...

La habían olvidado los hombres, ¿cómo lo iban a recordar ellas?

Durante muchos años, las ratas habían vivido, siempre temerosas y precavidas, dentro de una cierta tranquilidad, como en otros tiempos. Claro que había habido otros, aquellos en los que el hombre padeció de hambre y peste, en que las ratas habían sido las dueñas casi absolutas de las ciudades vacías, de las calles solitarias, por las que correteaban, saltando de un cadáver a otro, que los hombres habían abandonado, temerosos de infectarse.

Ahora era diferente.

Desde hacía muchísimo tiempo, desde la época del «ghetto» de Varsovia, que había sido el último banquete de las ratas, los hombres se habían vuelto muy precavidos. Y era una verdadera casualidad escapar a las sustancias que colocaban y que convertían a la rata más vital en un cadáver estremecido por los estertores de la muerte en pocos segundos.

Se habían terminado los rincones sucios. Y fuera de las alcantarillas, que seguían siendo los lugares más apropiados para los roedores, el resto de la ciudad y de las instalaciones humanas estaba demasiado bien protegidos para aventurarse a una muerte cierta.

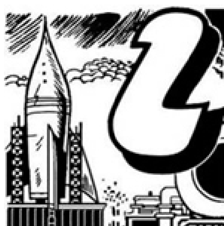
Corrían las ratas.

Porque nadie mejor que ellas puede prever el peligro y la proximidad del Final. Más que ningún otro ser de la Creación, pueden presentir cosas que son un verdadero misterio para los demás animales.

Quizás el perro, cuando aúlla en la noche presintiendo la muerte, pueda parecer tan sensible como la rata. Pero es un error.

La rata no tiene más que olfatear el aire para captar los efluvios misteriosos de lo que guarda el futuro. Por eso, al huir de debajo de las rampas, las ratas demostraban no solamente un miedo a un desconocido y, sin embargo, sencillo problema del presente, sino que ya «olfateaban» el rugido de las máquinas del hombre fuera de las pruebas inocentes de una base cualquiera.

CAPÍTULO V



OS once barcos, abarrotados hasta las bordas, navegaban velozmente por el Mar Ártico.

Las piezas metálicas asomaban por doquier y parecían tan sobrecargados que, fuera de los mástiles y las chimeneas, el resto de la superestructura estaba oculto por el cargamento que, rebasando las bodegas y calas, inundaba las cubiertas y los puentes.

En su cabina de mando, en el primero de los once navíos, Igor Iliriov meditaba, con los ojos entornados, pareciendo absorto en la contemplación de la monotonía marina que le rodeaba.

Para él, como para los pocos hombres del equipaje que conocían exactamente la misión que el Alto Mando les había confiado, todo había terminado. Y por eso, al abrazar a su esposa en el muelle, Igor Iliriov lo había hecho con la misma fuerza que si se encaminase ante un pelotón de ejecución, sin esperanzas de salvación.

La verdad lo había golpeado crudamente, como una bofetada, cuando el general, en su refugio profundo, le había explicado los motivos de aquella expedición. Había sido como si un rayo de luz invisible le hubiese cegado; pero la realidad estaba en que Igor, como otros muchos, sabía que aquella orden tenía que llegar tarde o temprano y que nadie podría detener las cosas una vez se hubiese cumplido.

Había guardado celosamente hasta entonces la esperanza de que la llamada guerra fría se prolongase hasta el final, pero al plantearse aquella cuestión siempre se había visto incapacitado de dar a la palabra «final» un significado que no la equiparase con el de «hecatombe».

Y ahora ocurría así.

No estaban a su alcance los motivos que habían impelido al Alto Mando a dar aquel terrible y espantoso paso; pero, de todos modos, estaba plenamente convencido de que las cosas hubiesen podido arreglarse de otra manera, sin necesidad de llenar el aire con silbidos y gemidos de proyectiles teledirigidos.

Y allí estaban, perfectamente estibados en las calas, los unos junto a los otros, brillantes y pulidos como objetos que fuesen a presentarse a una

exposición internacional.

La idea del Alto Mando era sorprender al enemigo.

Aprovechándose de los informes que se habían recibido y que denotaban una época de ensayos en los países occidentales, Rusia deseaba atacar, decidiendo en las primeras horas toda la batalla, ya que ninguna clase de culpa podía echársele a ella, puesto que el ataque no saldría de los límites de su territorio.

Hasta se había precisado a Igor que, unos minutos más tarde de lanzados los proyectiles contra les países occidentales, debía lanzar otros sobre pequeñas poblaciones soviéticas para que la URSS pudiese comunicar a los demás Estados del mundo que ella había sido igualmente agredida.

El plan no podía ser más diabólico y había sido cuidadosamente estudiado, considerándose que jamás podría descubrirse la verdad.

Pero desde el punto de vista de Igor —y de los pocos que sabían la verdad —, aquella manera de ver las cosas resultaba ineficaz para ellos, ya que en cuanto lanzasen los proyectiles sobre occidente y una vez localizado el punto de lanzamiento, la respuesta seria fantástica y las armas de la venganza, los célebres «Tigres» americanos, caerían por centenas sobre el sitio desde donde se hubiese perpetrado el ataque.

Era sencillamente una condena de muerte para los agresores.

Igor pensó en todo lo que había trabajado y estudiado, pensando en sí mismo y en las técnicas que le habían enseñado, pero sin imaginarse nunca que se había creado su propia trampa. Que, como algunas arañas suicidas, se había visto envuelto en su propia tela.

No tardaron más que dos semanas en llegar a su punto de destino: un lugar perdido en el Ártico, un trozo de tierra helada, donde inmediatamente se pusieron a montar las rampas, camuflándolas con redes untadas en una sustancia blanca que reproducía perfectamente el hielo, logrando hasta la reverberación de la nieve bajo la luz solar.

Ningún avión podía descubrirlos, ya que la red estaba dotada de un mecanismo que hacía nulas todas las investigaciones desde el cielo, incluso la de los rayos infrarrojos, que hubiese sido el único modo de descubrir la existencia de fuentes caloríficas bajo las inocentes redes.

Tres semanas más y todas las instalaciones quedaron montadas, pudiéndose comunicar a Moscú, en una severa y complicada clave, que ya estaban dispuestos para recibir la orden de ataque en el momento en que el Alto Mando lo juzgase conveniente.

Aquella tarde, después de transmitir aquel mensaje, Igor se recluyó en su puesto de mando, dispuesto a dormir, pero antes de que hubiese terminado de

cenar alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante!

Un hombre alto apareció en el umbral. Igor le sonrió, ya que se trataba de Sergio Danowitch, el técnico en radar del equipo y amigo suyo desde hacía muchísimo tiempo.

—Siéntate, Sergio.

Lo hizo el recién llegado, encendiendo, a su vez, un cigarrillo.

Durante unos minutos ambos jóvenes guardaron silencio, como si se diesen cuenta de que las palabras, en aquella ocasión, iban a ser totalmente vacías de significado, como todo lo que se dice ante la verdad indiscutible de la muerte.

Fue Igor quien rompió el silencio.

—¿Ha habido respuesta?

—No. Ni la habrá.

—¿Por qué?

—¿Qué quieres que nos digan? ¿Que nos feliciten? Sólo nos comunicarán algo cuando nos digan que tenemos que empezar a disparar.

Igor bajó la cabeza.

—Sí, ya lo sé — dijo sombríamente.

Hubo un nuevo silencio.

—Tampoco nos dejarán comunicarnos con los nuestros. Ya sabes las instrucciones que nos dieron a este respecto: silencio absoluto y secreto absoluto para todo el mundo. Como si nos hubiésemos muerto.

Igor le miró fijamente.

—¿Es que no lo estamos ya? — preguntó.

—Lo sé. Somos cadáveres que se mueven, que piensan y que son capaces, antes de enfriarse definitivamente, de matar y destruir; pero, en cuanto hayamos comenzado a hacerlo, nos convertiremos en cadáveres de verdad.

Iliriov sonrió con una mueca.

—¡Qué ilusiones te haces, amigo mío! ¡Nosotros cadáveres de verdad!

—¿Por qué no? ¿Crees acaso que vamos a salir de ésta?

—No. Pero tampoco seremos muertos como los otros, Si no hubiese existido el precedente de la Segunda Guerra Mundial, en Hiroshima y Nagasaki, podría decirte que íbamos a ser de los primeros, excepto, naturalmente, nuestras propias víctimas, en conocer una clase de muerte

completamente moderna. ¿Sabes en qué nos convertiremos?

El otro guardó silencio.

—¡En cadáveres atómicos! ¿Te imaginas nuestro aspecto? —reía nerviosamente—, ¡Figúratelo! Algunos de mis átomos, los de mi cerebro, por ejemplo, se habrán mezclado con los tuyos, los de tu mano derecha... ¡Ja, ja, ja!

Sergio se ensombreció, mirando a su amigo con cierto temor.

—No debes dejarte llevar a esos límites, Igor.

Pero el otro seguía riendo.

—¡Cadáveres atómicos! Me imagino la cara que pondría cualquier empleado de pompas fúnebres al que encargaran un ataúd para un «cadáver atómico».

—No le veo la gracia, de verdad.

El rostro de Iliriov se oscureció repentinamente.

—Ni yo tampoco. Perdona, amigo mío, pero hay ocasiones en que la histeria no puede evitarse.

Y después de una pausa siguió:

—Llevo tres meses de casado y esperaba un hijo. Tania se aferraba a mí en el muelle. Aunque le había ocultado la verdad, diciéndole y asegurándole que regresaría muy pronto, su intuición femenina no se equivocó. Y me dijo que cuidaría mucho del pequeño.

—Eso debió satisfacerte.

—A medias.

—¿Qué quieres decir?

—Pero ¿es que no te das cuenta de lo que va a desencadenarse, querido Danowitch?

—Francamente, no sé dónde quieres ir a parar.

—A la verdad; a la verdad dolorosa y desnuda. Escucha, amigo mío. En cualquier otra ocasión, ante una guerra que no sea como la que vamos a incendiar nosotros, un marido, tú, yo, cualquiera, se hubiese despedido de los suyos con la natural tristeza de un hombre que puede dejar de existir de un momento a otro. Incluso en nuestro especial caso de condenados a muerte la despedida hubiese cobrado un aspecto, dentro del dolor de la separación, un poco más normal.

»Pero lo nuestro es muy diferente, Sergio. Fíjate bien en que lo que vamos a desencadenar nosotros es sencillamente, sin ambages ni mentiras, el Fin de

la Humanidad.

—¿No crees que exageras un poco?

—Desdichadamente, estoy en lo cierto. No te hagas ilusiones, Sergio. Los occidentales no van a tragarse la píldora. Porque, en su desesperación, aunque no puedan precisar la nacionalidad del agresor, poco podrán saber examinando el polvo atómico en que nos convertirán sus bombas, no dejarán, en un arrebato de locura colectiva, de sembrar la muerte que les rodeará a ellos por doquier.

»Imagínate, amigo mío, lo que pensará, por ejemplo, un americano que sepa que en pocos minutos su país ha dejado de existir. Que sus ciudades se han convertido en polvo, que sus familias se han evaporado... ¿Qué pensará? ¿Qué le importará en aquel momento? Y al echar una ojeada sobre el mapa y se dé cuenta de que el único país indemne es el nuestro, pulsará rabiosamente los botones de disparo de sus rampas...

—Pero nosotros recibiremos algunos de esos proyectiles de nuestra base.

—¡Eso no servirá para nada! No niego que a las primeras horas del ataque no exista una confusión que, en cierto modo y por muy poco tiempo, nos sea favorable. Pero indudablemente la locura entrará en los cerebros de todos los hombres y no quedará ni una ciudad ni un país sin ser barrido por los proyectiles termonucleares,

»Y escucha otra cosa: si, a pesar de todo, me equivoco; si los occidentales se tragan el anzuelo y no disparan contra nuestro país, ¿olvidas la carga de radiactividad que flotará sobre toda la Tierra?

»Será el Final para los que desaparezcan en átomos; pero será la más espantosa tortura para los que queden.

—Entonces, ¿por qué desencadenamos la guerra?

Igor se encogió de hombros.

—Lo que a ti y a mí, y con nosotros a millones de hombres, puede parecemos una locura insensata, es para otros, muy pocos pero muy potentes, un camino lógico, una «encrucijada históricas» o un «deber»...

»Es la eterna historia y nada podemos hacer para evitar que la catástrofe y el hombre anden emparejados. Lo fue así desde el principio del mundo.

* * *

Bart Sutton oprimió el botón del «fonovisor» y la imagen de su secretario apareció recortada en la pantalla.

—Señor.

—¿Ha llegado Carson?

—Aún no.

El rostro del viejo se ensombreció.

—¿Qué demonios le pasa? ¿Ignora que debemos asistir a la llegada del «Explorador» a Marte?

—¿Quiere que le telefonee, señor?

—¡Hágalo ahora mismo! Y comuníqueme inmediatamente lo que pasa.

Desapareció la imagen y Sutton se alejó, con su silla, haciéndola moverse de un lado para otro del salón.

¿Le habría ocurrido algo a Carson?

Aquella idea lo paralizó por completo, ya que se dio cuenta de que la astronave, concebida y construida por Hoppy, sólo podía ser guiada por él.

¿Y si le ocurría algo?

—He sido un necio — dijo en voz alta—. Nunca más le dejaré salir de aquí. Mientras esté conmigo, no le ocurrirá absolutamente nada.

Y nerviosamente, sin poder resistir un momento más, volvió a hacer funcionar el «visófono».

El rostro de Walker volvió a aparecer en la pantalla.

—Ha salido para acá, señor.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Su cuñada.

—Dígale, en cuanto aparezca, que venga inmediatamente aquí. Tengo que hablarle seriamente.

—Así lo haré, señor.

Sutton cortó la comunicación, quedándose pensativo. Hacía muchas semanas que no había salido del refugio, esperando impaciente que todo se arreglase. Ahora, cuando faltaba muy poco para que el «Explorador» llegase a Marte, se sentía lleno de ilusiones, sabiendo que si la experiencia resultaba bien el viaje verdadero se haría casi inmediatamente, ya que las noticias que le procuraban sus informadores internacionales eran cada vez más pesimistas.

Momentos más tarde la puerta del salón se abría, dejando paso a Hoppy Carson.

El viejo le miró ansiosamente.

—¡Usted! ¡Por fin! ¿Dónde diablos se había metido para olvidar que debía venir aquí?

Hoppy frunció el entrecejo; luego, extrañado, lanzó una ojeada a su reloj de pulsera.

—Perdone, señor Sutton, pero he llegado a mi hora.

—¿Y el «Explorador»? ¿Lo ha olvidado también?

Carson suspiró y conteniéndose a duras penas se excusó.

—Faltan tres horas para empezar la observación hasta que sea de noche, señor Sutton. A partir de ese momento (dentro de tres horas), tendremos que esperar dos más para asistir a la llegada de la astronave experimental.

—Bueno, bueno. Todo eso está muy bien. Pero sigo creyendo que estamos desperdiciando un tiempo precioso.

—Si usted lo dice...

El viejo no dijo nada, bajó la cabeza y refunfuñó algo ininteligible. Estaba buscando la manera de atacar y no tardó mucho en hacerlo.

—A propósito, Carson. ¿Sabe usted una cosa?

—Usted dirá.

—Si el «Explorador» llega sin novedad, podremos irnos cuando queramos, ¿no es verdad?

—Efectivamente.

—De acuerdo. A partir de este mismo momento deseo que no salga usted de aquí.

—¿Eh? — se asombró el joven.

—Lo que he dicho. Usted es la única persona capacitada para guiar la astronave. ¿Se imagina lo que pasaría si le ocurriese algún estúpido accidente?

Hoppy sonrió.

—No me ocurrirá nada, señor; muchas gracias por su interés...

—¡Claro que no le ocurrirá nada! Como que no va a salir de aquí hasta que no lo haga a mi lado, rumbo a Marte.

—¿No cree usted que exige demasiado?

El silencio que siguió parecía cargado de hielo.

—¿Quiere usted que le doble sus emolumentos?

Carson se encogió de hombros.

—Hace tiempo que el dinero ha dejado de significar algo para mí.

Además, si vamos a Marte, ¿para qué lo vamos a necesitar?

—Puede querer otra cosa. Piénselo, Carson. Estoy dispuesto a concederle lo que sea con tal de que no vuelva usted a salir de aquí.

Hoppy se dijo que aquel hombre estaba completamente loco; pero en aquel momento recordó las palabras del secretario.

—Creo que voy a pedirle algo, señor.

—¿De qué se trata?

—También creo que va a negármelo.

El viejo frunció el entrecejo.

—Déjese de misterios y diga lo que sea.

—Me quedaré aquí, como usted quiere, si permite que mi hermano y su familia venga con nosotros. Hay un niño—agregó intencionadamente.

Sutton se sobresaltó.

—¿Un niño? ¿No sabe que no quiero criaturas en mi astronave?

Carson no contestó.

Durante un buen rato, permanecieron en silencio; después el viejo exhaló un profundo suspiro.

—Está bien, se lo concedo; pero con una condición — propuso.

—Usted dirá.

—Que no les diga absolutamente nada. No quiero que se corra la voz de nuestro viaje, podría traernos muy malas consecuencias.

—Así lo haré, señor. Me limitaré a decirles que no me esperen, que voy a quedarme aquí para ultimar mis trabajos. Ahora, con su permiso, voy al observatorio. ¿Desea que conecte el objetivo con su aparato de televisión?

—¡Naturalmente! Quiero ver, con mis propios ojos, la llegada del «Explorador» a Marte.

Carson abandonó el despacho subterráneo en un estado de excitación enorme.

¡Había logrado lo que se proponía!

Pero, al hallarse cara a cara ante el secretario, se sintió un poco culpable, como, si aprovechándose de su insustituible puesto de piloto, hubiera conseguido algo que Walker no lograría jamás.

No pudo callar.

—Creo que voy a darle una buena noticia, Walker.

—¿Sí?

—El viejo ha aceptado que venga mi sobrino con nosotros.

—¡No lo creo!

—Pues es verdad. Le ruego, no obstante, que no diga nada. Pero, con este precedente, estoy seguro de que conseguirá que sus pequeños vengan también.

—No puedo pedírselo; es decir, no quiero hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque no soy tan cándido como usted, Carson. Aunque me lo jurase de rodillas, no creería a ese asqueroso viejo. Es capaz de prometer su alma al diablo, con tal de salirse con la suya.

—Exagera usted.

—El futuro nos lo dirá, afortunadamente.

Y sus ojos brillaron con una intensidad que Carson no conocía.

—¿Afortunadamente qué, Walker?

Harry se mordió los labios.

—Quería decir —repuso demasiado vivamente— que, por fortuna, no tendremos necesidad de nada de eso. La guerra no estallará.

—Ojalá sea así.

Y Hoppy se alejó, nada convencido de las últimas palabras del enigmático secretario.

Los cálculos astronómicos, una vez en el observatorio, lo absorbieron completamente durante cerca de tres horas. Luego, ya de noche, salió unos instantes para telefonear a Eddie.

—Estaré unos días ausente — le dijo.

—¿Pasa algo grave? — inquirió su hermano.

—Nada. Oye, puedes decir a Bob que he conseguido lo que él deseaba tanto.

—¿Lo del via...?

—Silencio, por favor.

—Comprendo. Se pondrá loco de contento.

—Perfectamente. Lo que quiero es que no diga nada al hijo de los Lumen.

—Ya se lo advertiré

Tres horas más tarde, Hoppy conectaba el objetivo del telescopio con el

aparato de televisión de Sutton.

El viejo, reclinado en su silla mecánica, observó atenta y ansiosamente el planeta Marte, que parecía flotar en el espacio. Todas sus ilusiones estaban ahora a flor de piel, vivas como hechos reales. Y al pensar en todo lo que podía significar aquel viaje, sólo se sintió frustrado por no haber conseguido encontrar aún a su hijo.

La voz de Carson le sacó de su ensueño.

—Atención, señor Sutton. Faltan muy pocos minutos. Fíjese, sobre todo, en el hemisferio sur del planeta.

—Bien.

Abrió desmesuradamente los ojos hasta que casi la hicieron daño.

Be repente.

La explosión fue perfectamente visible y un grito de triunfo brotó de los resecos labios del anciano.

—¡Lo hemos conseguido!

La voz de Hoppy volvió a sonar.

—¿Lo ha visto, señor?

—¡Es fantástico!

—Ya le decía que no fallaría, señor.

Y Sutton, al notar el tono completamente normal de la voz de su astronauta, no pudo por menos de sonreír, satisfecho.

—Ya dije que me gustaban los hombres como usted, Carson. Me gustaban mucho. Y me gustan.

* * *

Casi todas las ratas se habían quedado en los barcos rusos y regresando con ellos a las bases. Sólo unas pocas, que habían anidado recientemente en unas cajas de galletas, fueron almacenadas, sin darse cuenta, en lo hondo de las galerías de hielo que habían abierto para colocar las provisiones.

En realidad, la cifra de ratas que había salido del barco, o de los barcos, era nada más que de dos docenas: cuatro parejas jóvenes y sus correspondientes nidadas, de seis por pareja.

Las cajas de cartón que contenían las galletas eran un mundo cómodo para los roedores y, al mismo tiempo, abundante en lo que más importaba

para ellos: la comida,

Y mientras los machos correteaban incesantemente, las hembras, sin dejar de amamantar su numerosa prole, roían alguna sustanciosa galleta, nada más que alargar el hocico, ya que los sabrosos manjares, como en una jauja maravillosa, eran a la vez casa y cama, paredes y techo.

Las cajas fueron colocadas sobre otras, en montones que demostraban la absurda idea de los humanos y su inexplicable mentalidad, ya que muchas de aquellas cajas, casi todas, quedarían como estaban, sin que los hombres de la base las llegasen a consumir, ni mucho menos.

Para decir verdad, aquellas cajas serían reducidas a átomos, como todo lo que allí había.

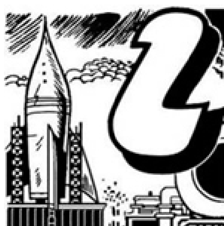
¿Sabían algo de ello las ratas?

Ninguno de los hombres lo hubiesen sospechado; pero, para decir verdad, a partir del tercer día de estancia allí, los machos primero, después las jóvenes hembras, sin motivo aparente empezaron a mostrarse inquietos, moviéndose de un lado para otro, sintiendo cómo se les erizaban el pelo.

Un par de machos, ciertamente alterados, intentaron escapar de su escondrijo seguro y fueron muertos por los hombres que, sin tener nada que hacer, pensaron que podían distraerse acabando con los otros animales que debía haber en el almacén.

Y así, por culpa de la intuición sabia de las ratas, acabaron aquellas familias que habían pensado emigrar a un mundo que consideraban mejor.

CAPÍTULO VI



OS hombres han descubierto ratas en la despensa.

Igor sonrió; después, mirando a Sergio, dijo: —¿Y qué?

—Las han matado.

—¿A todas?

—Sí.

—Han hecho bien; después de todo, es una muerte piadosa.

—¿Por qué?

—Porque han dejado de sufrir. Nosotros, por el contrario, no podemos tener la suerte de las ratas. Por la fuerza, hemos de convertirnos en cadáveres atómicos.

Sergio se encogió de hombros.

—Seguimos sin noticias — dijo, después de un corto silencio.

—¿Tienes prisa?

—En cierto modo, sí.

—Quizá tengas razón. Después de todo, cuanto antes mejor. Esta espera empieza a ser intolerable.

Igor empezó a reír nerviosamente.

—¿Otra vez? — se alarmó su amigo.

—No, no se trata de ninguna crisis de histeria, Sergio. Estaba, sencillamente, pensando en esas ratas.

—¿En las ratas?

—Sí. Imagínate la estupidez de ciertos animales, a los que muchos les dan un poder de intuición. Esas ratas podían haberse quedado en los barcos y vivido, junto a sus compañeras, mucho tiempo, ya que los buques, aunque abandonados por los hombres, seguirán anclados en los puertos, los que no se dejen en el mar... En vez de eso, esas estúpidas se han embarcado en una aventura que les ha costado la vida, y que se la costaría de todos modos,

aunque los muchachos no las hubiesen descubierto.

—¿Qué sabían ellas? Se habían metido a anidar, en las cajas de galletas.

—De todas maneras, no deja de ser una solemne estupidez.

—¿Y no has pensado en el motivo que les ha impelido a mostrarse?

—No te entiendo.

—He oído decir que cuando un barco está verdaderamente en peligro, muchas veces antes de que sus tripulantes se percaten de ello, las ratas salen de las calas, de las bodegas, anunciando un final que, la mayor parte de las veces, el nombre no puede prever.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que si las ratas han salido de su escondrijo, motivo por el que nuestros hombres las han descubierto, es que se han «olido» algo.

—¡No seas estúpido! Eso no demuestra nada...

—Ojalá tengas ra...

No pudo terminar.

El telegrafista llegó al pequeño puesto de mando y cuadrándose ante Igor, con voz nerviosa, dijo:

—Moscú al habla, camarada comandante.

Iliriov cruzó una rápida mirada con su compañero.

—Voy — dijo al soldado.

Y cuando se disponía a cruzar el umbral, se volvió hacia el otro.

—Ven conmigo, Sergio.

Atravesaron el pasillo subterráneo, excavado en el hielo e iluminado con bombillas a todo lo largo. Al fondo penetraron en la sala de transmisiones.

—Comandante Igor Iliriov al habla.

La voz sonó clara y tajante, como un cuchillo.

—Mañana a las cero quince. ¿Entendido?

—Entendido.

Y no hubo más.

Sólo un silencio que cayó sobre ellos como una inmensa losa. Cogiendo del brazo a su amigo, Igor por el pasillo, hasta penetrar nuevamente en el despacho.

Una vez allí, se dejó caer en un asiento, secándose el abundante sudor que

le empapaba la frente.

—Las ratas tenían razón — dijo, sin osar levantar la mirada del suelo.

* * *

—¡Chuta!

Bob cogió carrerilla y lanzó la pelota, con todas sus fuerzas, contra Clark, que, a pesar de todos sus esfuerzos y de una estirada que le hizo caer de bruces, no pudo detenerla.

—¡Gol! —gritó el otro, entusiasmado.

Pero Clark, al levantarse, no mostró el entusiasmo habitual que demostraba en el juego.

Tenía otras preocupaciones.

Por eso, recogiendo el balón, que se había detenido junto a la verja, fue hacia su amiguito.

—¿Crees que se podrá jugar a la pelota en Marte?

Bob enarcó las cejas; después, como siempre que le planteaban una cuestión difícil, se rascó enérgicamente la rojiza pelambrera.

—¿Por qué no se habría de jugar a la pelota en Marte?

—He oído decir que la fuerza de la gravedad es más pequeña que en la Tierra.

—¿Y eso qué importa?

—¡Hombre, tú dirás! Si chutas con un balón como éste y pesa menos que en la Tierra, llegarás mucho más lejos o mucho más alto, si lo boleas...

—¡Eso es formidable! — Y sonriendo, al tiempo que le guiñaba un ojo añadió—: ¡Vas a pasarlo muy mal en Marte, amigo mío! Si aquí te meto todos los goles que quiero, allí no tendrás nada que hacer.

Clark se mordió los labios.

Había prometido a su papá no decir nada a Bob; pero, en el fondo, le dolía tremendamente que su amiguito no pudiese acompañarle.

¿Con quién iba a jugar entonces?

Aunque era posible que hubiese niños marcianos allí; pero, de todas formas, nunca serían tan simpáticos como Bob.

—¿En qué piensas? — le preguntó el pelirrojo.

—En lo que me has dicho — mintió piadosamente el otro—. Si el balón pesa menos, tendremos que fabricar algunos para que sean parecidos a éste.

—Tendrás que aprender a parar mejor.

—Ya lo haré. ¿Quién te ha enseñado a ti?

—Nadie. Lo que pasa es que de tanto oír a papá decir que los «Jauría» paran a los proyectiles enemigos, de que si la trayectoria, la parábola y todas esas bobadas, yo, antes de dormirme, calculo la dirección que puede seguir una pelota y me lanzo sobre ella como si fuese uno de la «Jauría».

Pero Clark no le escuchaba.

Seguía íntimamente preocupado por lo que iba a ser de su vida cuando estuviese lejos de Bob. Habían crecido juntos, más como hermanos que como amigos, y existían demasiados lazos entre ellos para poder romperlos así como así.

El pequeño Carson se imaginó lo que sería de su amigo cuando la astronave volase hacia Marte. Seguiría en esta calle, vagando de un lado para otro, deteniéndose mil veces ante la verja de su casa, como si esperase que, por una portentosa acción, pudiese salir él para jugar nuevamente juntos.

No se explicaba tampoco el motivo que el viejo podía tener para no querer que Bob le acompañase.

—Hace tiempo que no veo a tu tío Hoppy — dijo Bob de repente.

—Está de servicio permanente junto a la astronave.

—Mi padre lleva también unos días de servicio. No le dejan salir de la base.

—Es una lata.

—¿Por qué?

—Porque si no estallase la guerra esa, podríamos vivir completamente tranquilos.

Bob asintió con un gesto; luego, demostrando que aquella conversación no le convencía demasiado, dijo:

—Me voy a marchar. Guarda el balón. Después llevaré a tu casa el robot que me ha regalado mi padre.

* * *

Alan se despertó muy temprano; en realidad, como hacía ya varias noches, apenas si podía conciliar el sueño.

Abandonando el lecho, se vistió rápidamente, después de asearse, y salió hacia los iluminados pasillos de la base, completamente desiertos a aquellas horas en las que, excepto los centinelas del radar, de turno, todos los demás hombres dormían.

Paseó por las salas subterráneas y movido por un deseo que pertenecía por completo a su subconsciente, pasó a los depósitos de armas, examinando, como de costumbre, los largos tubos plateados que estaban allí en reserva, tres pisos más abajo de donde estaban situadas las rampas.

El «Invencible».

No lograba, desde que el cohete estalló inocentemente sobre la base, hacer que su mente descansase. Los técnicos se habían salido con la suya, organizando un gran revuelo en el Alto Mando y todas las bases de rampas esperaban, de un momento a otro, recibir instrucciones sobre la manera de combatir eficazmente a aquel nuevo tipo de proyectil.

Pero, entretanto...

El enemigo podía poseerlo y lanzarlo en cualquier momento, haciendo completamente estériles todos los esfuerzos que los hombres de las rampas habían hecho para defender Occidente de una manera segura.

Alan había hablado con el comandante y los otros jefes de rampa, exponiendo un plan que, de momento, sirviese para detener a los «Invencibles» que el enemigo pudiese lanzar.

El proyecto, después de todo, era bastante aceptable y el comandante le había felicitado sinceramente. Consistía, simplemente, en lanzar, detrás de la «Jauría», una segunda, con cohetes de retardamiento que permaneciesen lejos del primer objetivo, esperando la aparición del segundo.

Era lo único que podían hacer.

Estaba claro, sin embargo, que el gasto de «Jaurías» se iba a duplicar; pero lo primordial era detener el ataque enemigo hasta localizar sus lugares de lanzamiento, para identificarlo y destruirlo con los poderosos «Tigres».

También habían prometido los técnicos dotar de «Invencibles» a todas las bases aliadas; pero Alan, como los demás, sabía perfectamente que se pasarían muchos meses antes de que aquel hermoso proyecto se convirtiese en una palpable realidad.

Estaba en el depósito de armas y bajó unos cuantos escalones más, hasta el depósito de víveres, a donde no había ido desde hacía tiempo.

Aquellas salas, dotadas de estanterías que llegaban hasta el techo, estaban profusamente iluminadas como todo el resto de la base. La pila atómica proporcionaba energía y fuerza, sin que tuviesen que preocuparse por la cantidad que gastaban.

Alan lanzó una ojeada a las estanterías de provisiones.

Había allí comida para un asedio de un año, sin tener que limitar las abundantes raciones en modo alguno. Por una parte, aquello constituía una tranquilidad enorme, ya que en caso de ataque, casi toda la comida disponible en el exterior quedaría inmediatamente contaminada por la radiactividad y, por lo mismo, inutilizable.

La comida de fuera...

Aquello quería decir la comida de su mujer y su hijo, la comida de los Carson. Y la de muchísima gente más que en medio del terror que reinase por doquier, tendrían que soportar, además, el espectro del hambre.

Un ruido extraño le hizo volver la cabeza.

Y la vio.

No fue más que un solo instante, pero lo suficiente para darse cuenta de que la rata, burlándose de la luz y de su presencia, había cruzado la sala, hundiéndose entre las cajas de carne que había a la izquierda.

«Tendré que decir a los del servicio de desratización que se ocupen de esto»—se dijo.

Y no se preocupó más.

Momentos más tarde, uno de los oficiales, cuando ya subía hacia su puesto de mando, salió a su encuentro.

—El comandante le llama con urgencia, señor.

—Voy.

—Dice que vaya a su puesto de mando; le conectará allí con la televisión.

—Entendido.

Momentos más tarde, Alan estaba ante la pantalla, como los demás jefes de rampas, mirando el rostro severo del comandante.

—Se ha dado la alarma — dijo éste—. Todavía no sabemos si se trata de una prueba; pero tendremos que abrir mucho los ojos. Yo creo que hoy...

No pudo terminar...

En su puesto de mando, como en el de todos los jefes a los que se dirigía, se encendieron las luces parpadeantes de las señales del radar. Y las voces de los que maniobraban los aparatos llegaron hasta ellos, vibrantes, terriblemente sonoras.

—¡Contacto 238!

—¡Múltiples contactos en 629!

—¡Nuevos contactos, lejanos aún, en 473!

Un escalofrío recorrió la espalda de Alan

Porque aquellas cifras, a pesar de su simpleza aparente, poseían una significación dramática.

«238» era Chicago, «629» Boston, y «473» Nueva York.

A pesar del horror que le sobrecogió, seguramente como a todos los demás, Lumen obro automáticamente, respondiendo plenamente a la preparación que, durante tanto tiempo, se había ejercido sobre él.

—¡Lanzamiento en rampas, 2, 4, 5, 7, 8 y 11!

En otras muchas Bases, idénticas instrucciones se estaban llevando a cabo.

¡La guerra había empezado!

Se había pensado tanto en aquella posibilidad, se la había escuchado con tanta crudeza, que ahora, al presentarse, se la consideraba, a pesar de todo, como una consecuencia lógica.

¡Uuuuuuuuuu...!

Salían los «Jauría», sedientos de materia enemiga, buscándola afanosamente con sus mecanismos electrónicos, dispuestos a hacer nula toda tentativa enemiga de descargar la fuerza ciega de sus proyectiles sobre las grandes ciudades de Occidente.

¡Uuuuuuuuuuu...!

Era como el aullido lastimero de una gran bestia herida, o como el de los lobos que, en la noche, con sus ojos fosforescentes, corrían hacia la presa segura.

La voz del comandante tronó en todas las pantallas.

—¡¡Necesito conocer el emplazamiento del agresor!! ¡¡¡Pronto!!!

Y mil ojos de radar fueron suministrando complejos datos matemáticos a los cerebros electrónicos, que fabricaban trayectorias, dibujando, con sus manos metálicas, líneas de todos los colores que iban señalando con una insistencia terrible, un punto del Ártico.

El visófono tembló de nuevo.

—¡Nueva York ha sido destruida! ¡El enemigo utiliza proyectiles de tipo «Invencible»!

—¡Rampas de seguridad! ¡Atención! ¡Duplicad el envío de «Jaurías»! ¡Utilizar el Sistema de Instrucciones de Emergencia! ¡Fuego!

¡Uuuuuuuuuuu...!

La estratosfera se llenaba de ruidos, de pasos plateados, de ideas mecánicas de venganza.

—¡Se está precisando la situación del agresor! ¡Es cuestión de unos pocos segundos!

—¡Más rápido! ¡Más rápido!

—¡Boston y Chicago destruidas!

—¡Fuego en las rampas de interceptación!

¡Uuuuuuuuuu...!

Era la fiebre, la locura, el ansia de venganza, la esperanza de salvación.

—¡Londres y París destruidos!

—¡Fuego!

¡Uuuuuuuuuu...!

El comandante había envejecido veinte años en veinte segundos.

—¡Datos! ¡Datos!—reclamaba sin cesar

Y los datos llegaron.

Fríamente, los cerebros electrónicos, completamente ajenos a la tragedia de los hombres, proporcionaron la situación matemática de las rampas enemigas.

—«359», «846»...

Era bastante.

Con un rugido de rabia, la voz del comandante se dejó oír:

—¡Fuego de todas las rampas de «Tigres»! ¡A discreción!

¡UUUUUUUU...!!!!

Eran los gigantes combativos, los que iban a dar la respuesta adecuada al alevoso y artero ataque que procedía de las heladas tierras del Ártico.

¡UUUUUTTUUU...!!!!

Iliriov tenía razón.

Ya eran, segundos más tarde, «cadáveres atómicos».

* * *

Se detuvieron, quedándose paradas, como estatuas. Porque, a pesar de haberlo «olfateado», que era la forma animal de la intuición, no sabían con

exactitud lo que pasaba.

Los pelos de sus redondos y lustrosos lomos se erizaron.

Era el final.

Lo sabían y les sobrecogía tan espantosa realidad, ya que no poseyendo una conciencia del deber, como los humanos, se aferraban biológicamente a la vida, que todo significaba para ellas.

Las ratas.

¿Qué sabía el hombre de todas sus angustias, de los temblores de las hembras, que tenían bajo su vientre a las crías recién nacidas, todavía sin pelo, con el feo color rojizo de la carne desnuda?

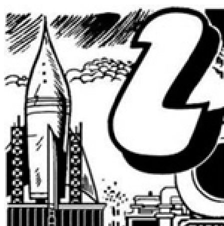
Ni el mismo hombre, aquella criatura desagradable, podía saber exactamente los resultados fabulosos de la catástrofe que acababa de provocar.

Ellas sabían que todo había acabado y que después de un gigantesco banquete, cuya duración sería corta, la muerte para todos, para todos, iba a llegar irremisiblemente.

Por eso, después de los primeros minutos de extrañeza, de aquellos minutos que las habían dejado paradas, como estatuas, gritaron salvajemente, lanzando el grito de guerra que significaba que el miedo, el temor y el sobresalto que habían padecido durante siglos, se habían terminado para siempre.

Y las ratas abandonaron sus guaridas y salieron a la superficie. Porque había sonado la hora de la última Peste.

CAPÍTULO VII


A parte norte de la ciudad había quedado destruida por una bomba atómica.

Por suerte, las otras bombas que le habían sido destinadas habían sido detenidas, justo a tiempo, por los «Jauría», allá arriba, por encima de la atmósfera.

La muerte, peor que la que habían sufrido los que habían recibido sobre ellos el impacto directo, se acercaba ahora a los demás, en forma de una misteriosa e invisible radiación que quemaba las carnes, vaciaba la luz de los ojos y metía a los seres en el estrecho cepo de una indecible tortura agónica.

Y esto lo sabía Sullivan.

El Rey de los Mendigos no había perdido el tiempo. Durante aquellos pocos días que habían precedido a la Gran Catástrofe, había preparado a sus mejores, a sus más valientes guerreros, ofreciéndoles la libertad, en un mundo lejano en el que serían los dueños absolutos.

Tampoco Dora había perdido el tiempo.

Poco le había costado, en realidad, convencer a Tom de la necesidad de marchar hacia Marte, donde podían erigirse en soberanos, gobernando a los hombres de Sullivan, que, cien veces más valientes que los que el viejo se proponía llevar consigo, lucharían contra todo lo que se opusiese a la formación de una nueva humanidad en el planeta rojo.

Por eso, aquella tarde, después del bombardeo de la ciudad, un centenar de hombres, precedidos por Sullivan y en compañía de Tom y Dora, se dirigían, rápidamente, hacia el domicilio dé Sutton, situado en el sur de la ciudad.

Había requisado varios camiones y se habían apoderado de armas. Estaban dispuestos a hacerse con la astronave, saliendo hacia el espacio inmediatamente.

Y Sullivan tenía un plan que no podía fallar.

La ciudad estaba asustada, amedrentada, y muchos de sus habitantes huían, en un éxodo impresionante, de la nube radiactiva que ya empezaba a caer sobre ella.

De nada habían servido los servicios de seguridad y auxilio, que las autoridades habían previsto desde hacía mucho tiempo. Todo había fallado, lamentablemente, cuando la muerte nuclear hizo su aparición.

Y el terror se había apoderado de todas las conciencias, haciéndolas olvidar los más elementales deberes humanitarios.

¿Qué importaba que el esposo, la mujer, los niños o los amigos hubiesen caído, en el sector norte, convertidos en átomos?

Lo importante era huir, escapar a la tortura abrasadora de la radiactividad. Se había hablado demasiado de aquel peligro, se habían dado demasiadas proyecciones y conferencias, recordando los trágicos días de Hiroshima y Nagasaki; se citaron demasiados ejemplos, se había crecido el peligro —quizá menos de lo que significaba en realidad—, para poder exigir cordura de las gentes.

Y las gentes se desbocaron.

Todo lo que había significado algo hasta aquel preciso instante, dejó de tener valor. Y tanto en el plano espiritual como material, el pánico anuló las valencias, dejando al desnudo el alma primitiva del hombre, su instinto de conservación individual y egoísta.

A Sullivan y los suyos les importaba un bledo todo aquello.

Conocían demasiado bien a sus semejantes para esperar algo de ellos. Porque, por paradójico que parezca, son los que están hundidos en la maldad los únicos capaces de comprender las reacciones primitivas de sus semejantes.

Avanzaban los camiones por las calles y avenidas desiertas, rumbo a la residencia del Viejo.

Cuando los vehículos se detuvieron ante las verjas, cuidadas por algunos aterrorizados centinelas, no fue labor dura para los hombres de Sullivan deshacerse de ellos y echar la verja abajo.

Una vez dentro del parque, Sullivan detuvo a sus impetuosos compañeros y avanzó en compañía del Tuerto hacia la entrada de la casa.

La puerta estaba entreabierta.

Pero, cuando penetraron en el lujoso «hall», Walker, el secretario, que ya les esperaba ansiosamente, les salió al encuentro.

Dora había hablado de él a Sullivan.

—¡Llegan a tiempo!

—¿Dónde está el viejo?

—En su refugio, con el piloto. Todo está preparado.

—¿Y los otros?

—¿Los que tenían que venir con nosotros?

—Sí.

—Están en sus habitaciones. Esperando la hora de la marcha.

Sullivan sonrió:

—Que esperen — dijo.

Y después de una pausa.

—Vamos a ver al Viejo.

* * *

—¡No ha cumplido usted su palabra, míster Sutton!

Hoppy estaba rojo de cólera.

—¿Qué quiere usted que haga, Carson? Es completamente imposible salir a la ciudad, en busca de su familia. Y, aunque lo hiciésemos, ¿cómo íbamos a estar seguros de que su hermano y los suyos no están ya contaminados?

Hoppy palideció, cerrando los puños.

—¡No conduciré la astronave!

Pero la voz que sonó en la puerta del refugio le hizo volver la cabeza, al mismo tiempo que al viejo.

—Usted conducirá la astronave.

Sullivan, el Tuerto y Walker estaban en el umbral.

Sutton frunció el entrecejo.

—¿Quién demonios es usted y qué hace aquí, en mi casa?

Sullivan se adelantó, sonriendo.

—Soy el jefe de la expedición a Marte, señor Sutton.

—¿Usted...?

—Sí. Ya lo ve. Me he hecho cargo de todo. — Y dirigiéndose al joven piloto—: Déme las señas de su familia, señor Carson. Voy a mandar a buscarla ahora mismo.

Hoppy sonrió, profundamente agradecido, dando las señas, que el Tuerto, a un gesto de su jefe, anotó.

—Manda a unos muchachos, con un camión, a buscar a esa gente —

ordenó el Rey de los Mendigos.

El Tuerto desapareció prestamente.

Durante aquellos minutos, Sutton, completamente congestionado, había intentado decir algo; pero no lo logró hasta entonces.

—¿Qué significa esto? — dijo al fin.

Sullivan volvió a sonreír.

—Ya lo ve, Sutton; que las cosas han cambiado un poco.

—Pero...

—¿Qué te creías, viejo ridículo? ¿Que te íbamos a permitir que embarcases a cuatro viejales como tú? Tu hijo está con nosotros; eso debe bastarte.

Los ojos del anciano se iluminaron, cobrando un nuevo brillo.

—Si Tom viene con nosotros, eso es diferente.

Sullivan lanzó una carcajada.

—¡Claro que vendrá Tom. Pero, ¿quién te ha dicho que ibas a venir tú?

La palidez cubrió nuevamente el rostro del Viejo.

—¡Yo lo he pagado todo! ¡La astronave es mía! ¡Sólo mía! ¡Y el piloto no les obedecerá a ustedes; está a mis órdenes!

—No es verdad, míster Sutton.

Bart se volvió, como una víbora, hacia Carson, que había pronunciado aquellas últimas palabras.

—¡Canalla! — rugió.

Pero nadie le hizo caso.

Sullivan dio órdenes para que el refugio quedase definitivamente cerrado, saliendo de él y dejando a Sutton allí.

Momentos más tarde, los hampones penetraban en el palacio de Sutton, siendo dirigidos por Walker al hangar donde estaba situada la astronave.

—¿Está todo preparado? — inquirió Sullivan.

—Todo. Las provisiones fueron embarcadas hace dos días.

—Perfectamente. —Se volvió a Carson—: Esperaremos a que mis amigos vuelvan con su familia y saldremos inmediatamente.

—Gracias. Yo ya estoy dispuesto.

* * *

Las rampas seis y once habían sido destruidas por impacto directo.

Ya no se podía hacer nada.

Saliendo de entre los escombros, a los que la deflagración aunque relativamente lejana había reducido las demás instalaciones, Alan avanzó, como una persona ebria, alejándose de aquel infierno con pasos inciertos.

Todo había terminado.

A lo lejos, la humareda que planeaba sobre la ciudad le atraía fuertemente. Ardía en deseos de estar junto a los suyos, de abrazarse a su mujer y a Bob, esperando la llegada del último momento.

«No habrá ni vencedores ni vencidos».

¡Qué gran verdad la que había brotado de los labios de aquel hombre que había pronunciado aquellas sabias palabras!

Todo el camino, hasta la ciudad, se hallaba completamente desierto. Aunque, en realidad, no era cierto: por cientos, paseando tranquilamente por las calles y avenidas desiertas, las ratas corrían en libertad, mofándose de la luz del sol, que hasta entonces habían rehuido.

Sacando su pistola, Alan derribó a algunos de los animales, los más osados, que se acercaban a él, hasta rozar casi sus botas de media caña.

—¿Creéis que soy ya un cadáver, al que puede devorarse tranquilamente, malditas?

Pero pronto se, cansó de disparar, limitándose a darles de patadas cuando se acercaban demasiado.

La proximidad de su barrio le llenó de emoción.

Por la humareda que salía de detrás, Alan calculó que la explosión de la bomba había sido peligrosamente cercana y que era posible que los hotelitos de aquella parte de la ciudad hubiesen sufrido algunos desperfectos. Aunque lo que indudablemente debía de pasar era que la acción de la nube radiactiva debía de haber llegado hasta allí.

El corazón de Alan se encogió de pánico.

Sin poder esperar más, corrió, desesperadamente, con la pistola en la mano, como un poseso, penetrando en su calle, por el extremo norte, por la parte más afectada.

Algunos chalets habían sido barridos por la catástrofe.

Pero más allá de los árboles, que habían quedado sin hojas, vio su casa y

la de los Carson, que, salvo los cristales, parecían haber resistido perfectamente la prueba a la que habían sido sometidas.

Siguió corriendo.

Fue entonces, al llegar junto a su casa, cuando vio que unos hombres, que acababan de bajar de un camión, se dirigían a la casa de los Carson. Y vio a Lana, la esposa de Eddie, que no debía haber muerto en las instalaciones atómicas, que gritaba desesperadamente, intentando rechazar a los hombres, que visiblemente querían llevársela.

Alan no conocía a aquellos tres hombres. Y ciego de furor, disparó contra ellos, derrumbándolos en el suelo, muertos.

Luego se acercó a Lana.

Pero nada más ver sus ojos, extraviados y febriles, se percató de que había perdido la razón. También fue entonces cuando recordó que su esposa le había dicho que saldría para ver a sus padres, al norte de la ciudad, en la zona que había recibido la bomba atómica.

¿Y Bob?

Una angustia horrible se apoderó de él. Y empezó a buscar al niño, inútilmente, dentro y fuera de la casa.

* * *

—¡Venga, chuta de una vez!

El pequeño Clark midió cuidadosamente la distancia que le separaba de su amiguito; luego, tomando impulso, dio una patada a la pelota, lo más fuerte que pudo.

Pero Bob, adivinando la trayectoria del balón, saltó ágilmente, cogiéndolo con ambas manos, en una parada impecable.

—¿Te has dado cuenta?

Clark asintió con la cabeza.

—Ya verás cuando estemos en Marte. No podrás parar así como así.

—Lo haré igual, bobo. Allí seré mucho más ligero que en la Tierra. Y seguiré siendo un formidable guardameta. Oye.

—¿Qué?

—¿Crees que habrá, habitantes en Marte?

—No lo sé.

—Pero ¿tú qué piensas?

Clark meditó unos instantes.

—Que es posible que los haya.

—Mejor.

—¿Por qué?

—Porque jugaremos tú y yo contra ellos. Seguro que no conocerán el fútbol y les daremos unas palizas formidables.

—Eso me gusta más. Estaba un poco enfadado contigo.

—¿Por qué?

—Porque paras mejor que yo.

Bob sonrió; después, rascándose la rojiza pelambrera, dijo:

—No debes preocuparte por eso, Clark. Yo seré el portero y tú el delantero y el defensa, al mismo tiempo. Ya verás la cantidad de goles que metemos a esos marcianos.

—¡Será estupendo!

Se habían sentado, junto a la entrada del jardín.

—Hoy comes con nosotros, ¿verdad? — inquirió el pequeño Carson.

—Sí. Mamá se ha ido a ver a los abuelos. Seguro que me traerá algún regalo.

—¿Otro robot?

—¡Bah! Ya estoy cansado de robots. ¿Viste qué de prisa se nos estropeó el otro?

—Es verdad. No son nada divertidos.

Lana Carson se asomó a la puerta.

—¡Dentro de diez minutos comeremos, niños!

—Está bien, mamá.

—No os olvidéis de lavaros las manos antes de venir a la mesa.

—De acuerdo, mamá.

Esperaron a que Lana desapareciera en el interior de la casa.

—¿Y tu tío Hoppy?

—No sabemos nada de él. Pero no debe de tardar en venir.

—¡Es un hombre muy simpático!

—Es estupendo. No hay nadie que construya astronaves como las que él hace.

—¡Ya me gustaría saber lo que él!

—Algún día, cuando estemos en Marte, nos haremos astronautas...

—Eso es lo que yo pienso también...

Nada más.

La explosión puso colores irritantes en la luz, que se convirtió en un sol cercano, que lanzaba hirientes cuchillos de luz.

Mucho después, cuando pudieron levantarse del suelo, al que habían sido violentamente arrojados, se buscaron, tendiendo las manos, hasta abrazarse, fuertemente el uno contra el otro.

Sus cuerpos temblaban.

—¿Qué ha sido eso, Bob?

—No lo sé. No veo nada.

—Yo tampoco. Se ha hecho de noche de repente. ¿Qué ocurre?

—¿Vamos a casa?

—Sí. Agárrate a mí y no me sueltes.

Y empezaron a andar, tomando el camino opuesto, con los brazos extendidos.

Cansados, después de tropezar unas cuantas veces, se sentaron detrás de un montículo de tierra, no lejos de sus casas.

Más tarde, cuando, sin decirse nada, con las manos apretadas, pensaban en mil cosas distintas, oyeron el ruido de un camión, que paraba no lejos de allí.

Se acurrucaron, temblando.

—¿Quién será?

—Calla. Que no nos vean.

—¿Cómo van a vernos, si es de noche?

Pero el pequeño Bob movió negativamente la cabeza.

—Nos hemos quedado ciegos, Clark.

Fue entonces cuando oyeron los disparos.

—¡Los rusos!

—¡Es la guerra!

Y, cogiéndose de la mano, corrieron, sin dar importancia a los tropezones y caídas, encaminándose hacia el norte de la ciudad, donde el brasero y las radiaciones hervían todavía como en un sol recientemente apagado.

* * *

Habían salido de sus madrigueras.

En todas partes, en todos los continentes, en toda la tierra. Porque la desolación reinaba por doquier y no había habido ningún punto habitado que no recibiese su carga de bombas termonucleares.

Eran las dueñas.

Nada había sido para ellas, tan grande era su número, la matanza que sufrieron en las primeras horas. Devoraron tranquilamente los cadáveres de sus congéneres, empezando después con el de los hombres que las explosiones habían matado.

Era la Gran Fiesta.

¿Cuántos siglos habían esperado tan fausta ocasión?

Quizá, en el pasado, se presentaron circunstancias ligeramente parecidas a ésta, cuando las ciudades, después de saqueadas, fueron abandonadas por los hombres, dejando los cadáveres propios y los de los vencidos, en profusa confusión.

Entonces, quizá como ahora, las ratas habían salido de sus profundos cubiles y reinado, como absolutas dueñas, en las calles desiertas, apagando con sus agudos dientes el quejido agónico de un herido...

Pero, de todas formas, ahora era distinto.

¡La Tierra entera les pertenecía!

La estúpida especie que, como dueña y señora, había reinado sobre el planeta, se había autoaniquilado locamente. Y, al hacerlo, habían abierto las puertas de la hegemonía terráquea a las ratas.

Ahora nadie podía esquivarlas ni combatirlas. Los hombres, los pocos que vagaban aún por los caminos, con los ojos desorbitados por el horror, cuando no convertidos en dos globos ciegos, eran incapaces de pensar en nada, de defenderse contra nada. Sólo huían.

Porque, además de sus miembros heridos, la locura del mundo les había herido, aún más profundamente que en la carne, en lo hondo del alma, haciéndoles ver el propio horror, desde dentro.

Más tarde, no mucho, las venenosas radiaciones que flotaban en el aire,

pegadas a la tierra como una niebla de desolación, hirieron también a las ratas.

Muchas de ellas quedaron ciegas.

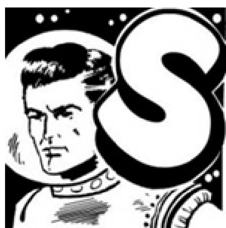
Pero ¿qué podía importarles?

¿Acaso no habían vivido, durante milenios, en la oscuridad más densa que pudiese concebirse?

Y chillaron, ciegas o no, buscando afanosamente su presa. Porque era la Gran Fiesta.

La Gran Fiesta de las ratas.

CAPÍTULO VIII



ULLIVAN, junto a la astronave, que estaba ya en posición de marcha, sobre, la rampa, consultó nuevamente su reloj, frunciendo el entrecejo.

—Debían de estar de vuelta.

Acababa de mandar al Tuerto, con otros dos, en busca de los que anteriormente había enviado en busca de la familia de Carson.

Todos sus hombres, excepto los que estaban a su lado, armados hasta los dientes, estaban ya en la astronave y esperaban la orden de marchar.

También había entrado en ella Tom Sutton, al que el Rey de los Mendigos había dicho que su padre iría al interior un poco más tarde, ya que estaba despachando unos asuntos de primerísima importancia.

Junto a Sullivan, Hoppy se mordía nerviosamente los labios.

—Tardan mucho.

El vagabundo asintió con la cabeza.

—Si no vienen dentro de tres minutos, nos vamos. No podemos esperar más.

Carson fue a decir algo, pero una serie de detonaciones próximas se lo impidieron. Momentos más tarde, el vehículo que habían utilizado el Tuerto y sus dos amigos entraba, en tromba, en el hangar...

Frenaron secamente, junto a Sullivan, y el Tuerto saltó ágilmente del vehículo.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Carson, adelantándose al recién llegado.

—No encontramos a nadie. La mujer se había vuelto loca y un hombre, más loco que ella, mató a los otros. No vimos ningún niño. ¡Aquello es el infierno!

—¿Y esas detonaciones?

—Hemos tenido que disparar. Alguien ha debido de decir que nos vamos y que aquí hay una astronave. Y todo el mundo quiere escapar como nosotros.

—¡En marcha! — rugió Sullivan.

Pero Carson se le plantó, fieramente:

—¡Yo me quedo! ¿Qué puede importarme un cargamento de bandidos si mi familia está en peligro?

—¡¡Vamos!!—ordenó, secamente, el Rey de los Mendigos.

Hoppy echó a correr, justo en el momento en multitud enardecida penetraba por la puerca al hangar.

—¡Se va, Sullivan!

—¡No se irá!

—¡¡Alto!!—gritó el Tuerto, roncamente.

Pero Sullivan no perdió el tiempo en avisos, que estaba seguro que el otro no escucharía. Sacó la pistola y dos detonaciones sonaron casi simultáneamente.

Hoppy cayó de bruces.

—¿Lo has matado? — inquirió el Tuerto pálido.

—¡No seas idiota! ¡Id por él! Le he disparado a las rótulas para impedir que se vaya...

Tres hombres corrieron hacia Carson.

Las balas empezaban a silbar peligrosamente cerca y algunas rebotaban sobre la cubierta de la astronave.

—¡Aprisa!

Momentos más tarde, Carson era introducido en la astronave.

—¿Ha perdido el conocimiento?

—No.

Tres vagabundos cayeron para siempre antes de que la escotilla del espaciocohete estuviese convenientemente cerrada. El Tuerto, que se había asomado a uno de los ojos de buey, se volvió, inquieto, hacia Sullivan:

—¡Van a destruir el aparato!

—No corras tanto, amiguito. Espera y verás...

Fueron hacia la cabina del piloto, donde Carson estaba ya sentado en su asiento de mando.

Como había dicho el Tuerto, no había perdido el conocimiento, pero estaba mortalmente pálido, con los labios apretados para resistir el dolor intolerable de sus heridas.

—No puedo más... — dijo.

Sullivan sonrió.

—Te pondremos un calmante en cuanto nos hayas sacado de aquí. Si no lo haces, yo mismo te meteré la sal a puñados en las heridas...

Hoppy asintió con la cabeza y haciendo un poderoso esfuerzo, pulsó los botones de encendido.

La salida de los chorros de llamas hizo que la multitud que rodeaba la astronave, con ánimo de destruirla, retrocediese hasta el fondo del hangar.

Maniobrando hábilmente el aparato, Carson lo hizo salir del hangar, deslizándolo sobre los rieles que lo llevaron hasta la rampa de lanzamientos. Una vez allí, hizo marchar la palanca que ponía en ignición todos los cohetes del primer tramo.

—¡Átense los cinturones!—dijo, hablando junto al micrófono.

Un instante después, el rugido se hizo ensordecedor, seguido de un silencio absoluto, ya que había sobrepasado, largamente, la velocidad del sonido.

Marchaban hacia el espacio.

Cuando hubo conectado los mecanismos «antiaceleración» y «gravitatorios locales», se volvió hacia Sullivan, que estaba sentado detrás de él.

—El calmante, por favor.

Sullivan se desató el cinturón y ordenó al Tuerto que fuese a por una buena dosis de pentotal; después, acercándose a Carson, se arrodilló ante él; destrozando sus pantalones para hacer una cura de las heridas.

—Si no hubiese sido tan necio, nada de esto hubiera ocurrido —dijo.

Carson no contestó.

Después de vendado, Sullivan se puso en pie y miró fijamente al joven.

—Tiene que llevarnos hasta Marte, ¿entiende?

—Lo intentaré.

—¿No importa que duerma un poco o debe estar despierto para guiar este cacharro?

Carson iba a decir algo; pero, en aquel momento, se percató de que, si lo hacía, podía darse por muerto.

—La nave puede ir un poco como va ahora. Puedo dormir unas horas sin que haya ningún peligro.

—Está bien.

Le inyectaron una dosis de pentotal y Carson se quedó profunda e inmediatamente dormido.

—Quédate aquí de guardia, Tuerto.

—Está bien. No se morirá, ¿verdad?

—No, por ahora. Las heridas son bastante, feas.

—¡Si se muere, estaremos perdidos!

—Te he dicho que no dejaré que se muera, por lo menos hasta que lleguemos a Marte.

Y salió de allí.

Atravesando pasillos y cambiando de piso, llegó al lugar donde estaban los camarotes, que muchos de sus hombres habían ocupado.

—¿Sabes dónde están los dos tortolitos? — preguntó a uno de ellos.

—Allí.

Sullivan llamó a la puerta y fue Dora quien, le abrió.

—Hola, princesa. ¿Cómo va eso?

—Lo hemos pasado bastante mal — dijo ella—, pero ya estamos recuperados del mareo.

—¿Y Tom?

—Está aquí. Pasa.

Sullivan penetró en la cabina.

Nada más mirar al joven, se dio cuenta de que no había ninguna amabilidad en aquella expresión ensombrecida del rostro de Sutton.

—Hola—saludó el Rey de los Mendigos.

—¿Dónde está mi padre?

Sullivan se encogió de hombros.

—No pudimos hacer nada; te lo aseguro. Cuando íbamos a buscarlo, aquella gentuza invadió el hangar y, si nos descuidamos, queman la astronave.

Tom se mordió los labios, pero no dijo nada.

Entre tanto, el Tuerto, cansado de estar allí y con la garganta reseca, abandonó la cabina, cerrándola cuidadosamente. Sabía que Sullivan estaría con los dos jóvenes y se deslizó, silenciosamente, hasta las cabinas que estaban al lado de la cocina, donde pudo fácilmente saciar su sed, junto a sus alegres compañeros.

En la cabina de Tom, Sullivan estaba hablando de los magníficos

proyectos que se había forjado.

—He leído que, según parece, hay habitantes en Marte.

—Yo preferiría que no los hubiese — dijo la muchacha.

—¿Por qué? Nos considerarán como dioses, cuando nos vean llegar en la astronave. Siempre he soñado, al leer las aventuras de los grandes conquistadores, en todo lo que éstos pudieron ganar gracias a su audacia y su poder. Cada vez que leí que los blancos cambiaban cuentas de colores por oro... ¿Te imaginas eso, Dora? Los marcianos, ya lo verás, serán seres atrasados. Y los convertiremos en los súbditos más sumisos del universo. Todas sus riquezas pasarán a nuestro poder. Y cuando regresemos...

—¿Regresar? ¿Dónde?

—No seas estúpida. A la Tierra. ¿Dónde quieres regresar, si no?

—¿A la Tierra? ¿A ese infierno? ¿Has perdido la cabeza, Sullivan?

—Sullivan no perdió nunca la cabeza. He leído mucho y sé que el peligro de la radiactividad desaparecerá, sin duda alguna, dentro de unos diez años. Entonces volveremos.

Entornó los ojos, sin hacer caso de la expresión hostil de Tom.

—Después de Marte, la Tierra será nuestra.

Asqueado, Sutton se puso en pie.

—Voy a darme una vuelta, Dora. Pronto volveré.

—No tardes, querido.

Y cuando hubo salido, Sullivan se acercó a la muchacha.

—¿Sabes una cosa, Dora?

—¿Qué?

—Que, fuera de la mujer de Walker, eres la única muchacha de a bordo. Y no creo que me gusten las marcianas.

Ella acababa de leer algo horrible en los ojos de aquel hombre, en el que había confiado neciamente hasta entonces.

Intentó retroceder, pero ya fue demasiado tarde.

Los brazos potentes de Sullivan la habían rodeado con la fuerza de un cepo de acero.

* * *

Tom se dirigía hacia la cabina de mando. Había vagabundeado durante cerca de una hora por toda la astronave, con los dientes apretados, seguro de lo feliz que habría sido su padre de haber podido venir con él y con los hombres que había elegido, sin que ningún granuja, como Sullivan y los suyos, hubiese llegado a poner el pie en la nave del espacio.

¡Había sido culpa suya!

Su estúpida pasión por Dora, a la que ahora conocía perfectamente bien, ya que había comprendido el papel que ella había jugado en toda aquella horrorosa combinación, había desaparecido. Ya no la quería y el odio había penetrado hondamente en el alma del joven.

—¡Soy el peor de los canallas! — dijo en voz alta.

De todas formas, su espíritu empezó a analizar la posibilidad de una venganza y al materializar sus ideas llegó hasta sonreír, aunque, en realidad, aquel gesto tuvo más el aspecto de una mueca que de cualquier otra cosa.

Penetró en la cabina, cerrándola con llave desde dentro.

Carson seguía profundamente inconsciente.

Después de mirar largamente al piloto, única persona que podía conducirlos hasta Marte, Tom recorrió la cabina, descubriendo una escalera metálica por la que subió, percatándose entonces de que, desde arriba avistaba el largo pasillo que conducía, desde el resto de la astronave, hasta la misma cabina.

Volvió a sonreír.

El plan se iba concretando en su mente y ya no le cabía duda alguna de que podría, con un poco de suerte, ser el único que llegase a Marte, ya que, si todo salía bien, los harapientos bandidos, que se habían convertido en tripulantes, dejarían de existir.

Bajó nuevamente junto a Carson y se apoderó del micrófono.

—¡Atención! ¡Atención!—gritó, con todas sus fuerzas—. Estoy en la cabina de mando y voy a matar al piloto. Si lo hago, nadie llegará a Marte. Los que estén conmigo y deseen seguir el viaje, deben matar a Sullivan y a la serpiente que está con él... ¿Me oís?

Una docena de voces se entrecruzaron; pero, sobre todas ellas, la de Sullivan sonó con más fuerza.

—¡No le hagáis caso, muchachos! ¡El Tuerto está en la cabina y no habrá dejado entrar a ese imbécil!

Tom no tuvo que molestarse en contestar. Una voz, colérica, sonó, inmediatamente después de la de Sullivan.

—¡Embustero! ¡Wilson, el Tuerto, está con nosotros!

—¡Voy a partirle en pedazos!

Sutton creyó que había llegado el momento de intervenir de nuevo.

—¡Ya veis que tengo razón! ¡Matad a Sullivan y a Dora! ¡Matad al traidor de Walker, que engañó miserablemente a mi padre! ¡Matadlos a todos y cuando lo hayáis hecho venid a la cabina! ¡Dentro de diez minutos, si no me habéis obedecido, mataré al piloto!

Dejó el altavoz conectado y sonrió, esta vez de verdad, al oír los rugidos de rabia de aquellos enardecidos granujas que habían injerido el suficiente alcohol como para enloquecerse.

Momentos más tarde, los primeros disparos, o su eco, llegaban hasta él.

Abandonado su puesto, junto a Carson, sacó la pistola y se encaramó velozmente por la escalerilla metálica, rompiendo el cristal de la ventanilla que daba al pasillo.

Después de agazaparse esperó.

Ahora, a través del orificio que había abierto, podía oír claramente el estampido de los disparos.

Se estaban matando entre ellos, tal y como él lo había previsto.

Poco después, un silencio de muerte reinó en la astronave.

Sin poderlo evitar, Sutton sintió frío en la espalda y al mismo tiempo un sudor pegajoso le corrió lentamente por todo el cuerpo.

El pasillo, ante él, seguía completamente desierto.

Hasta que, de repente...

Las siluetas de los cuatro hombres se dibujaron en el fondo y Tom vio que el Tuerto iba delante de todas ellas.

—Hay que tener cuidado — oyó que decía Wilson —. En cuanto estemos en la cabina y veamos al piloto con vida, matamos a ese idiota. Ahora no somos más que cuatro y todo lo que encontremos será para nosotros. Lo interesante es el piloto.

—De acuerdo.

Avanzaron quedamente y Tom esperó a que sus siluetas se dibujasen perfectamente.

Después, incorporándose un poco, hizo fuego.

El Tuerto cayó, girando sobre sí mismo, como una peonza.

Tom disparó de nuevo,

Otro de los bandidos que se había lanzado al suelo, como los demás, se estremeció, quedándose completamente inmóvil.

Los otros dos, con un pánico indescriptible, intentaron escapar, retrocediendo hacia donde el pasillo se doblaba en un ángulo recto. Pero la puntería de Sutton les impidió la huida. Nunca hubiera imaginado que la victoria iba a ser tan sencilla.

Se puso en pie y contempló los cuerpos de sus enemigos.

Luego se volvió de espaldas.

Fue entonces, en aquel preciso momento, cuando el Tuerto, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban se incorporó un tanto y con los ojos velados ya por la muerte próxima extendió el brazo armado y disparó, después de apuntar cuidadosamente a la nuca de su enemigo.

La detonación resonó, con mil ecos, en la astronave.

Tom Sutton cayó como fulminado por un rayo. Su cuerpo rebotó en el suelo, deslizándose por la escalerilla metálica y precipitándose a la cabina, tres metros más abajo, quedando inmóvil, no lejos del asiento del piloto.

* * *

Algo, en el fondo tenebroso de su inconsciencia, dijo a Carson que no podría despertarse nunca. Se angustió espantosamente al pensar que la dosis de pentotal que el inexperto Sullivan le había puesto, sin llegar a ser mortal para una persona normal, podía serlo para él en el estado de debilidad en que se hallaba.

No tenía miedo a la muerte.

Desde que el Tuerto había hablado del infierno en que se había convertido la ciudad, en la locura de su cuñada y en la de su hermano, nada podía importarle.

Sin embargo, entre sueños, se maldecía de no haber desconectado el piloto automático que, aunque él muriese, llevaría a la astronave, como un dócil corcel, hasta Marte.

Le daba rabia el pensar que, después de todo, aquellos granujas se iban a salir con la suya.

Movilizó desesperadamente todas las energías de su adormecido cuerpo; pero no logró absolutamente nada. El pentotal había penetrado en su cerebro y desconectado las palancas que podían haber movido el brazo para lograr, al menos, desconectar el piloto automático, única cosa que le hubiera satisfecho antes de morir.

* * *

Durante mucho tiempo las ratas vagaron por la despensa, devorando glotonamente todo lo que hallaban a su paso, contentas de haber encontrado al fin, un sitio tranquilo para vivir.

Las detonaciones, cuyo eco llegó hasta ellas, las pusieron un tanto nerviosas; pero cuando la batalla cesó, después del último disparo, volvieron a sus quehaceres y corrieron, gritaron, lucharon y jugaron con las panzas brillantes y redondas de tanta comida devorada.

Esta vez toda la aventura la empezó un macho joven que, con el espíritu aventurero de toda rata, salió de la despensa, recorriendo la astronave, cuyo silencio y quietud eran completamente tranquilizadores.

Hasta que su hocico sufrió unas nerviosas convulsiones, al tiempo que sus pelos, en el lomo, se erizaban de placer.

Acababa de oler la sangre.

La emoción lo dejó inmóvil, con el hocico levantado, sin osar hacer el menor movimiento, como si temiese que al hacerlo pudiese desaparecer aquel olor que le causaba tan vivo placer.

Sin embargo, aquella joven rata no había comido jamás nada que no fuese las provisiones del almacén de víveres de la astronave.

Pero el «olor», así entrecomillado, era algo que, como una tradición inolvidable, pasaba de generación a generación, inscrita en el cerebro de las ratas, que no podían olvidar jamás su calidad de carnívoras.

El «olor».

De haber sido un macho más experimentado, no hubiera dudado en ir a saciar el apetito ancestral que le gritaba desde su cerebro, causándole escalofríos de gozo. Pero era demasiado joven y no se atrevía a hacer nada por sí sólo.

Por eso, después de saciarse olfativamente, corrió hacia su pueblo, gritando su alegría desde que penetró en la despensa de la nave.

Pero las ratas son desconfiadas.

El pobre macho recibió algunas dentelladas, ya que los viejos no querían creer en tal maravilla. Ellos también, durante toda su vida, habían buscado afanosamente el «olor»; pero acabaron convenciéndose que no se trataba más que de un mito que las generaciones habían ido transmitiendo, pero sin ninguna posibilidad real de existencia.

No obstante, cuando vieron que el maltrecho jovencito, a pesar de sus dolorosas heridas, seguía gritando su «verdad», vieron que podían seguirle, para comprobar su aserto, ya que lo matarían y lo devorarían, en caso de que los hubiese engañado, aunque el placer, de comer a un congénere no podía equipararse a la presencia del verdadero «olor».

Corrieron por pasillos y estancias, subieron las escaleras en manada, precedidos por el joven macho.

Hasta que el «olor» llegó a ellos.

Fue entonces una carrera alocada, disparatada. Los gritos repercutían por todas partes y nadie hubiese sido capaz de detener a aquella formación grisácea que se saltaba todos los obstáculos.

Al llegar al pasillo, lleno de cadáveres, los gritos enmudecieron y las ratas, vibrantes de entusiasmo, se lanzaron sobre la presa que, a través de los siglos, había hecho posible la existencia del «olor», el hombre.

Muchas horas más tarde, un grupo de las más audaces, logró, marchando en equilibrio sobre una especie de cornisa, llegar al ventanuco cuyo cristal había roto Tom.

Y penetraron en la cabina.

Junto al cadáver de un hombre, sobre el que se lanzaron glotonamente, había otra de aquellas odiadas criaturas que aún no había muerto.

Las ratas despacharon, poco a poco, el cuerpo de Tom Sutton. Después, durante mucho tiempo, esperaron, ahítas, en un rincón, mirando, medio adormecidas, al otro hombre.

Su intuición les decía que aquella criatura no podía moverse y que, sin embargo, estaba aún llena de vida.

Y pasaron las horas.

El hambre volvió a morder los cuerpos de las ratas. Otras, guiadas por el «olor» habían llegado hasta allí.

Una de ellas, más audaz que las demás, se acercó al piloto y poniéndose en pie, sobre sus cuartos traseros, olfateó las manchas oscuras que maculaban el vendaje de las rodillas.

Permaneció así largo rato, bajo la mirada vigilante de las otras; después, asustada, cuando el hombre abrió los ojos, corrió lejos de allí, seguida por los agudos chillidos de sus congéneres...

EPILOGO

O-Lok se volvió hacia su compañero, después de separar su rostro del visor del potente telescopio.

Q-Mak movió negativamente la cabeza.

—No, no lo es. He estudiado la trayectoria y ningún meteorito puede modificarla como ese punto brillante que se acerca a nosotros.

—¿Entonces?

O-Mak se mordió los labios, experimentando un desasosiego intenso.

—No sé. La hipérbole que resulta del estudio de la trayectoria de ese cuerpo hace pensar en que procede del Tercer Planeta.

—¿No es demasiado atrevida esa hipótesis?

—Sí que lo es.

Permanecieron unos instantes en silencio. Después O-Lok dijo:

—Tendremos que informar al Gobierno, si se trata de «ellos».

—Casi estoy por no dudarlo. Hemos captado las impresiones electromagnéticas que nos demuestran que conocen la energía atómica...

—Sí, son más inteligentes y están más avanzados que nosotros. Por eso vienen a visitarnos a bordo de esa astronave.

—Va a ser el momento más emocionante de toda la historia de Marte.

O-Lok frunció el entrecejo.

Era un joven alto, de cabellos dorados y amplia frente de intelectual.

—No vendrán en son de guerra, ¿verdad?

O-Mak sonrió.

—Seguro que no. Si sus intenciones fueran malas, hubiesen movilizado una verdadera flota de astronaves; pero si ese punto brillante es una nave del espacio, no vendrán en ellas más que hombres de ciencia deseosos de estudiar nuestra civilización.

—Van a extrañarse. Nuestra técnica es, indudablemente, inferior a la suya.

—No será motivo alguno de decepción, O-Lok; si estamos atrasados respecto a su técnica, seguro que nuestras artes y nuestras filosofías no han sido igualada por el habitante del Tercer Mundo.

—¿Serán como nosotros?

—No lo sé. Es probable que las diferencias sean mínimas, imperceptibles. Estamos seguros de que todos los habitantes del Sistema Solar somos semejantes.

O-Lok se había acercado nuevamente al telescopio y aplicó su rostro al visor; casi inmediatamente lanzó una exclamación irresistible.

—¡¡Es una nave del espacio!!

O-Mak se apresuró a mirar a su vez.

—Lo esperaba — dijo con una mayor tranquilidad que la de su joven amigo—. Todos los cálculos abocaban a eso... Hemos de prevenir al Gobierno. ¿Vienes conmigo?

—Prefiero quedarme aquí... ¡Es tan emocionante!

* * *

Los cálculos habían hecho posible conocer, con una exactitud matemática, el punto donde aterrizaría la nave del espacio que se acercaba velozmente a Marte.

Más de cien mil personas, difícilmente contenidas por una doble barrera de policía, uniformada de gala, se agolpaba en el punto previsto, que coincidía con uno de los espaciódromos de reciente construcción en el Planeta.

El Gobierno en pleno, además de todos los Institutos, Academias y claustros de las Universidades marcianas, estaban presentes, conteniendo apenas la emoción que les embargaba.

Traductores especiales estaban dispuestos para, por medio de proyección de películas y reproducción de objetos comunes, llegar a un pronto entendimiento con los tripulantes procedentes del Tercer Mundo.

La ansiedad era indescriptible.

Grandes altavoces no cesaban de gritar las consignas que los sabios habían dictado para la multitud.

«¡Atención! ¡Atención! Recordad que los seres que se acercan a nuestro mundo son criaturas inteligentes, ya que han sido capaces de realizar este fantástico viaje... Por muy repulsivos que nos parezcan, a pesar de que pensamos que no se diferencien mucho de nosotros, hemos de refrenar nuestra natural repugnancia haciéndoles ver que, fuera cual fuese su forma física, los admiramos y consideramos como amigos.

»El Gobierno ha dictado órdenes severas para que nuestros huéspedes gocen de la proverbial amistad marciana. El Gobierno está completamente

seguro de que, nada obstaculizará la comprensión que, desde el primer momento, ha de existir entre los habitantes del Tercer Mundo y nosotros.

»Midamos serenamente, pero sin evitar la emoción natural que nos produce la llegada de nuestros visitantes, la importancia de esta fecha, que ha de inscribirse con letras de oro, ya que, a partir de este momento, el Sistema Solar empieza a formar un solo pueblo. De aquí a la unión de todos los planetas, en una hermosa amistad, no hay más que un paso.

»Los seres que llegan a nosotros, a través del espacio, nos enseñarán a fabricar naves como la que se acerca ahora. Y podremos, con su ayuda, visitar su mundo y otros vecinos, que desde siempre nos han llamado la atención...»

Hubo un corto silencio; después los megáfonos volvieron a dejarse oír:

«¡Atención! ¡Atención!... La nave del Tercer Mundo está ya en nuestra atmósfera y se dispone a tomar contacto con nuestro suelo...

»¡Hela ahí!»

En efecto, la nave acababa de pasar sobre los cientos de miles de cabezas, como un pájaro de plata, describiendo círculos y perdiendo paulatinamente altura.

El silencio era impresionante.

Finalmente, la nave del espacio cabeceó graciosamente. Sus toberas exhalaron las últimas llamaradas y, potente y majestuosa a la vez, se posó blandamente en el centro del espaciódromo.

Una ovación sin precedentes sacudió a la electrizada multitud.

«¡Silencio! ¡Silencio!», aullaban los megáfonos.

Y el silencio se hizo.

La nave se había detenido, pero nadie se atrevía a acercarse a ella. Durante un par de minutos los corazones de todos los marcianos presentes y de los que, a través de la radio y la televisión, seguían la escena, latieron con más fuerza que nunca.

La puerta de la nave se abrió automáticamente.

Una rampa plateada apareció, al mismo tiempo que el fondo de una cámara metálica, que debía de ser el salón de salida del artefacto.

Doscientos mil ojos y cien aparatos de televisión enfocaron aquella abertura por la que, de un momento a otro, aparecería el primer ser del Tercer Mundo que verían los ojos de los marcianos.

Pero el tiempo transcurrió lentamente y un susurro desaprobatorio empezó a recorrer la multitud.

O-Lok inclinó la cabeza hacia su amigo.

—¿Y si fuesen invisibles?—inquirió.

—No — dijo O-Mak—; es imposible.

Y de repente algo minúsculo apareció en la rampa, mirando con los ojuelos entornados hacia aquella multitud que la contemplaba.

Era una rata.

—¡Una rata! — dijo alguien.

—¡Es increíble!

Súbitamente todas las ratas salieron, haciendo gritar a las mujeres y enfureciendo a los hombres, como si creyesen que eran objeto de una broma de mal gusto.

Las ratas huyeron hacia los hangares y edificios del espaciódromo. Muchas fueron muertas, pero el resto desapareció prestamente.

Entonces un grupo de policías, fuertemente armado, penetró en la extraña astronave. La visión de los esqueletos pelados de sus tripulantes les hizo comprender la tremenda tragedia que se había enseñoreado del aparato. Y cuando, desesperados, perdían las esperanzas de conocer a los habitantes del Tercer Mundo, hallaron a Carson y una sonrisa de esperanza apareció en sus rostros.

Las ratas no habían llegado solas a Marte.

* * *

Las ratas de Marte eran más pequeñas que las terrícolas y con un pelo completamente rojizo.

¡No importaba!

Al principio miraron con desconfianza a aquellos animales, sus lejanos hermanos, que habían llegado desde un mundo inconcebible, tanto para ellas como para las viajeras.

Pero pronto uno de los machos rojizos se acercó, husmeando, a una joven hembra de la Tierra. Y sin necesidad de ningún traductor se frotaron el hocico, comprendiéndose inmediatamente.

La rata marciana y la rata de la Tierra se alejaron deseosos de demostrar que la vida estaba en ellos por encima de la frontera fría del espacio, que hasta entonces se les había interpuesto como un abismo sin fin.

Y las ratas se instalaron en Marte...


FIN

TENÍA FORMA HUMANA Y ERA UN ANIMAL SALVAJE.

o tal vez...

UN HABITANTE DE OTRO MUNDO;
UN TERRESTRE DEFORMADO POR UNA TERRIBLE ENFERMEDAD,

o bien...

¿CUÁNTAS FORMAS PODÍA ADQUIRIR AQUEL EXTRAÑO Y TERRIBLE SER?

Metamorfosis

Una novela de LAW SPACE que le impresionará como ninguna.

¿De qué forma?

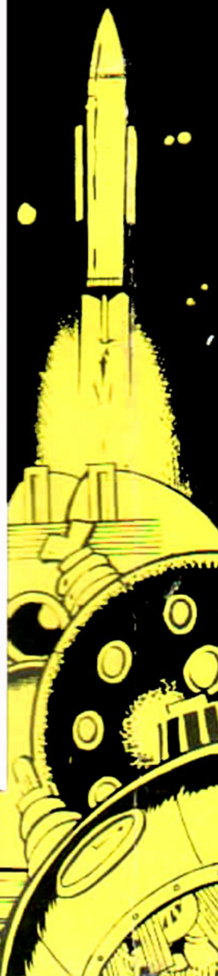
No queremos malograr su sorpresa.

Lo único que podemos adelantarle es que en las páginas de esta escalofriante narración, que publicaremos en el próximo número, hay más intriga, emoción y dramatismo que en ninguna otra publicada hasta ahora.



ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

89. — Pantanos de metal. — *Clark Carrados*.
90. — Operación Selene. — *Sylvester Strange*.
91. — Los trabajos de Kabé. — *Clark Carrados*.
92. — Mundos silenciosos. — *Johnny Garland*.
93. — El zoo infinito. — *Clark Carrados*.
94. — Microcosmos. — *Law Space*.
95. — El trovador de la Galaxia. — *Clark Carrados*.
96. — Andrómeda ataca. — *Clark Carrados*.
97. — El hombre que nació mañana. — *Johnny Garland*.
98. — Objetivo: la Luna. — *Fel Marty*.
99. — Pacto en el gran canal. — *Clark Carrados*.
100. — Un mundo muerto. — *Red Arthur*.
101. — Taum, cazador estelar. — *Law Space*.
102. — Justicia robótica. — *Clark Carrados*.
103. — La llegada de los «Zetas». — *Law Space*.
104. — La nueva era. — *Clark Carrados*.
105. — La guerra de los satélites. — *H. S. Thels*.
106. — El «robot» Espartaco. — *Sylvester Strange*.
107. — El hombre de Júpiter. — *H. S. Thels*.
108. — Maquiavelo artificial. — *Clark Carrados*.
109. — «Zero». — *Johnny Garland*.
110. — Huida al pasado. — *Law Space*.
111. — Vikingo del Cosmos. — *Clark Carrados*.
112. — ¡Cuidado, terrestres! — *Tom Argo*.
113. — Sólo un planeta. — *Clark Carrados*.
114. — Venganza cósmica. — *Law Space*.
115. — «Homo mechanicus». — *Clark Carrados*.
116. — «Los visitantes». — *Johnny Garland*.
117. — Raza de señores. — *Clark Carrados*.
118. — Robinsón estelar. — *H. S. Thels*.
119. — La fortaleza negra. — *Clark Carrados*.
120. — Las ratas. — *H. S. Thels*.



Escenas de «Arenas sangrientas», de Mahier Films

Precio en España: 6. ptas. En Argentina: 4,5 pesos